

LA SEÑORA MARÍA

FELIPE ANGEL

***A Toto,
mi viejo***

ÍNDICE

<u>ÍNDICE</u>	<u>3</u>
<u>OCTUBRE</u>	<u>5</u>
<u>11 DE OCTUBRE</u>	5
<u>13 DE OCTUBRE</u>	8
LA MADRUGADA	9
LA MAÑANA	14
LA NOCHE	19
<u>NOVIEMBRE</u>	<u>23</u>
<u>DICIEMBRE</u>	<u>34</u>
<u>PRIMERA SEMANA</u>	34
<u>7 DE DICIEMBRE</u>	39
<u>LA NAVIDAD</u>	43
<u>EL FIN DE AÑO</u>	49
<u>ENERO</u>	<u>54</u>
<u>1 DE ENERO</u>	54
<u>20 DE ENERO</u>	67
<u>FEBRERO</u>	<u>74</u>
<u>ABRIL</u>	<u>80</u>
<u>9 DE ABRIL</u>	80
<u>19 DE ABRIL</u>	88

Esto está salado, esto quemado, a esto le falta sabor, esto está bien; acuérdate para otra vez. Les doy los mejores consejos que puedo según mi humilde saber. Por fin, Demea, les exhorto a mirarse en su vajilla como en un espejo y les enseño todo.

Terencio

Adelfos, III. III.71

OCTUBRE

11 DE OCTUBRE

La señora María recorrió su infancia mientras el agua hervía por primera vez, su juventud al segundo hervor y, cuando coló el café, su adultez. Al ir por la bandeja, al acudir por la cucharita, al agarrar el azúcar sintió que como flotadores anduvieron por la cocina sus piernas y brazos, sus rodillas y codos. Llenó el pocillo con el café recién colado. Agregó azúcar. Suspiró. Abrió el horno. Sacó un cuaderno. Buscó una página. Leyó.

-- Diez y nueve mil novecientos noventa y nueve.

Algo anotó. Detenida en la paciencia, apretó el cuaderno contra su pecho y gritó.

-- Veinte mil.

Veinte mil cafés para don Porfirio, pensó, y metió de nuevo el cuaderno en el horno. Recordó que esa mañana don Porfirio le contó un sueño en el cual él estaba embarazado, aún siendo del género masculino. Al acordarse de los detalles con que Porfirio describía cómo pateaba el feto dentro de la barriga peluda, la señora habitó las mieles de la ternura y cerró el horno. Observó la mesita de la cocina y no pasó nada. Estudió los calambres cuando alzó la bandeja con el pocillo de café y diagnosticó una parte de la ética al recordar las dudas de Porfirio, que no sabía por dónde iba a parir el ser humano que estaba a punto de nacer de sus entrañas. Parada en medio de la cocina con la bandeja en la mano y el café veinte mil en la bandeja, se carcajeó por los desvaríos del ciudadano Miranda.

Salió, pues, de la cocina con un orgullo pleno de énfasis hacia la pieza de Porfirio. Avanzó por el corredor y se detuvo en la habitación de Ana María. Acercó su cara a la puerta de tal manera que madera y oreja se besaron. No está en su pieza. ¿Dónde andará mi niña? Volteó la cabeza hacia la sala, perdió el equilibrio, soltó la bandeja y derramó el café. Carajo, maldita sea. Se me regó el veinte mil. Observó el reguero con un orgullo totémico en su rostro, mezcla de glamour chibcha con gesto mineral. En la oscuridad del corredor el cuerpo de la señora María se reflejó sobre el suelo líquido en una especie de alfombra móvil.

Reorganizó el reguero a golpes de pierna. A patadas, quiero decir. Después se arrodilló y colocó el pocillo otra vez en la bandeja. Muerta de la risa, se asombró de no estar reprochándose su torpeza. Permaneció arrodillada con la pasión tierna con la cual desde hacía casi veinte años lavaba la ropa en una mezcla de avena no dogmática, perejil y jabón; mediante la cual limpiaba los vidrios con un paño fino mojado en agua de coco impulsada por un ventilador y brillaba los pisos con un brebaje de tomate verde, ironía, ajo y cera. Al final dijo:

--No hay nada mejor que llenar el día de imaginación.

Restaurado el orden en la bandeja, la alzó con las dos manos y roncó otro suspiro. Se devolvió a la cocina. Entró y encontró que Ana María se esforzaba por hervir un poco de leche. Aquí te habías metido. Primera vez en la vida que mi niña prende una estufa. Antes de que la señora pronunciara vocablo o gesto de asombro, Ana María dictaminó.

-- Tranquila. Esta noche yo le llevo un chocolate caliente.

La señora María puso la bandeja encima de la mesa de la cocina, se sentó en una de las butacas y miró a gusto la parsimonia veloz con que Ana María midió la sencillez de la taza y la tozudez de la azucarera. Absorta en la butaca, se entusiasmó por la forma metódica y sincera con que la joven preparó el chocolate. Ana María sacó del bolsillo un frasco pequeño y oscuro, lo abrió y echó el veneno al chocolate. La señora María se paró de la butaca. Ana María

puso de nuevo el frasco en el bolsillo y continuó batiendo el chocolate, sin más énfasis y sin menos fuerza.

-- ¿Segura que no necesita ayuda, mi niña?

-- Segura.

-- Hasta mañana.

-- Hasta mañana.

La señora salió a pasear un poco por el parque Tequendama, como solía. ¿Qué será lo que mi niña puso en el chocolate? Algún tonificante. O, ¿será...? No, no creo. Mientras respiraba el aroma sereno del jazmín y hablaba consigo misma en voz baja, no recorrió la victoria del asombro sobre el dogma. Sólo caminó.

13 DE OCTUBRE

LA MADRUGADA

Ávida de sí misma, encontrada su irrecuperable calma, dispuesta a decir “No” porque en ese momento comprendió que el cariño es una poesía posterior a la vergüenza, dispuesta a decir “No” porque allí entendió que la bondad no es lo mismo que hacer sentir bien a los demás, un poco antes de las seis de la mañana la señora María observó a su niña, que nadaba en la piscina.

La observó con la culpa de Raskolnikov por asesinar el mar, la observó igual a quien desdeña lo irredimible tanto de los ahogados como de los vivos. Apenas lo enterramos ayer y hoy mi niña está como si nada. No sé cómo no está muerta del cansancio. Ayer, en un solo día, enterró a su papá, limpió la piscina con Alcayaga, rocheleó y nadó y rocheleó hasta que ya. Como si nada. Como si hubiera pasado nada. Y hoy se levantó a las cinco de la mañana y ahí mismo se metió a nadar. Ay, don Porfirio, ahora que usted se me murió, la realidad parece mentira. Pero no lo es. ¿Cómo no? Voy a ir a ver. La señora, que no sabía sino ser sincera, actuó mil malabares para que Ana María no se percatara de que iba a salir del patio de la piscina. Ana María seguía nadando. Cuando ya había alcanzado la victoria de llegar al corredor, la señora entró a la pieza de Ana María, esculcó la ropa y halló el frasco. Lo miró y decidió su vida.

Después, ya en su propia habitación, más aún, ya en su baño, la señora sacó el frasco del delantal, lo llenó con agua en el lavamanos, lo agitó con especial rencor por la indiferencia de su niña e inundó el inodoro con los últimos rastros de Racumín. Tras comprobar que el rastro final del veneno se lo tragó el inodoro, para la señora María nada desmereció la novedosa atrocidad.

Tan terrible conmoción le produjo comprender que los errores no eran pecados, que al salir del baño empezó a gritar !Un delirio de nardo ceniciento invade tu cabeza delicada!, como si la anemia de las virtudes mediocres la pudiera inmunizar contra el dolor. Gritaba sin parar, desmesurada por

desgarrada, no se sabe si con la certidumbre de que sus convicciones le parecían inútiles, no se sabe si animada aún por la posibilidad de transformar al mundo, de transformar su mundo de cuatro o cinco personas y una casa en el barrio Tequendama. Gritaba sin parar versos que no comprendía, versos que su memoria sabía a fuerza de oír cómo los recitaba Porfirio. Gritaba pero estaba segura de que los vocablos no salían de su boca sino que sólo retumbaban dentro de la cabeza igual a un eco herido.

Tanto gritar la condujo a creer que los ahorros están por encima de los milagros. Secó el sudor de sus ojos, que no admitía como lágrimas ni como lagañas del error de su niña. Al caminar sobre las dos piernas entendió que eso era más fácil que andar sobre sus ilusiones perfectas y salió del baño. Llegó a su pieza. Bebió un primer brandy con el fin de prepararse para la mediocridad del purgatorio cotidiano. Se tomó un segundo brandy para estar dispuesta a sobrevivir como si no hubiera cielo ni infierno, un tercero para que la redimiera de la ignorancia y se acostó en su cama a las seis y media de la mañana del 13 de octubre. O un poco más tarde.

La señora María buscó dormir de día, entre cajetillas de minutos empacados y remordimientos sin inaugurar. Intentó conciliar el sueño, intentó arrullarse pero no pasó de la somnolencia regañona. Más bien dio vueltas en la cama como si la cobija tuviera clavos, como si la almohada padeciera alguna deformación triangular, como si el destino fuera una trampa. Al poco rato se levantó.

Poderosa de espíritu, sus manos prepararon un desayuno como el que todas las mañanas se comía Porfirio Miranda, tres huevos revueltos con dos apios, arepa y café. Ese día la señora realizó su rutina con tanta energía en cada uno de los actos que pocos han estado tan alejados de la melancolía o del desasosiego. Colocó el desayuno en la mesa y esperó. Esperó con tanta paciencia que el resto de sus días no pasaron de ser recuerdos futuros. Inquieta, tal vez abrumada por su mediocridad, tal vez infantil por el rigor de su imaginación, tal vez hermosa por ser solidaria con el deseo de estar a bien con la

vida, la señora María fue a ver por qué Porfirio aún no llegaba a desayunar. Al entrar a la pieza de Porfirio se pegó un manotazo en la cabeza y recitó pasito.

-- Mierda, si mi niña lo envenenó.

Entonces sacó un plástico que Porfirio guardaba en el clóset. Durante los siguientes diez minutos lo sacudió para absolverlo de los anatemas y del polvo. Cerró la pieza con llave y cruzó el corredor en una especie de fiesta cruda en su ánimo, con el plástico bajo el brazo. Arribó a la sala, se sentó en el comedor y con un ritmo ortodoxo engulló el desayuno destinado a don Porfirio. Se cepilló los dientes y ya una vez en el parque Tequendama, le amarró las puntas al plástico y lo colocó entre unos bambú y un carbonero, tal como se guinda una hamaca. Sin ser todavía las siete de la mañana, acostó allí sus huesos de madurez solitaria.

Meció la hamaca empujándose con las piernas. Pasó el viento, le sacó chistes a sus propios pensamientos y le dolió la cadera. La señora María, que jamás se quejó de cosa alguna debido a la simple solidez de su bondad, no volvió a renegar a partir de ese instante porque perdió su confianza en la duda. Su cuerpo, agotado de la ciencia del cariño, se quedó dormido en un sitio que no era su cama. Ya menopáusica en esa hamaca la señora María fue penetrada por una de las pocas pesadillas de su vida. Pesadilla que comenzó en la mesa del comedor cuando Ana María la recriminó.

-- Usted envenenó a mi papá, señora María. Lo mató para poder comerse su desayuno.

Inocente, la señora no dudó de su culpa.

-- Asesiné a Porfirio Miranda.

Se reclamó la señora, hablando con la boca llena de huevos, arepa y apio. Ana María se levantó de la mesa. La señora María se paró y corrió detrás de su niña, mientras gritaba:

-- ¡Un delirio de nardo ceniciento invade tu cabeza delicada!

Detrás de la joven Miranda, desde el comedor hasta la piscina, la señora recorrió el camino de la convicción, asimiló la fuerza de la fe en sí misma, se deleitó con el delirio de la soberbia y pretendió anudar su piel y su sombra con la aguja de la irreverencia.

Sintió placer cuando arribó a la piscina. Estaba dispuesta a anunciarle al mundo que su niña era inocente. Sin embargo ni la niña ni el mundo se encontraban en el patio de la piscina. Según le pareció a la señora María, aunque otros alegan que esto es parte de la pesadilla, ella pretendió sacar con un balde el agua de la piscina. Pero al lanzar el agua hacia el cielo, esa agua que subía y subía formó nubes y ventarrones, hasta que la alberca quedó huérfana de lagos y el patio lleno de mares vagos. Pero no el patio sino el aire, pero no el aire sino las paredes, pero no las paredes sino la crudeza, pero no la crudeza sino las retinas de sus ojos y las cataratas de su llanto. Según la señora, la piscina quedó vacía de agua y llena de no sé qué nostalgias, como quien pierde el combate por sus utopías.

Salió del patio tupida por un cansancio pequeño e insobornable, alcanzó a sentarse en el comedor y allí se durmió con la cabeza puesta en el plato del desayuno. Dentro de la pesadilla sus propios ronquidos la despertaron sentada en la mesa del comedor. Uy, me dañé. No hay derecho a roncar más duro que don Porfirio. Vio las tazas desnudas y el mantel le pareció más mudo que de costumbre. Al instante se despertó en el parque, acostada en la hamaca.

Tuvo a bien despedirse de ella misma porque la realidad no podía ser tan bruta y se agarró del parque Tequendama como a un icono de lucha y sol. Dejó que la hamaca de plástico meciera el vaivén del destino. En ese momento la alimentó la posibilidad de una nueva costumbre, que no era un dogma porque poseía varios paraísos perdidos en los abismos de la alegría. Se trataba de volver a sacar la hamaca de plástico al parque pocos minutos antes de que empezara a medio ventear, a eso de las siete de mañana y acostarse a dormir. Recordó la acusación de parricidio que le había endilgado a su niña. Se volteó para el otro

lado, pero ni aún así pudo arrebatarle a su convicción la creencia de que la pesadilla está en vivir. La señora María, a las siete y pico de la mañana, se acurrucó en la hamaca de plástico como un feto anciano y, en el parque Tequendama, se dedicó a esperar la intuición o, en su defecto, el calor del día.

LA MAÑANA

Anina, cuando llegó al parque, zarandeó durante un par de minutos la hamaca con el objetivo de despertar a la señora María. Anina revoloteó alrededor con tanto ahínco que no entendió la falta de resultados. Al final, se acercó a la oreja de la señora María y gritó.

-- Oiga, levántese que se va a caer.

En ese momento la señora oyó la voz de Anina. Mientras se desperezó, recordó cómo la niña Ana María preparó el chocolate. Le preguntó la hora a Anina.

-- ¿Y usted qué hace acostada en esa cosa? Van a ser la ocho de la mañana.

Respondió Anina. Después miró el reloj y corrigió.

-- No. Ya son más de las ocho. Casi las nueve. Es tarde, señora María.

-- Nunca ha estado tan tarde. Ya no hay nada qué hacer.

Tras el desconcierto de Anina, se despidieron. Anina cruzó el parque y la señora entró a la casa Miranda. Tras desechar para el almuerzo la opción de un sancocho de ternera con guayaba coronilla, después de brillar la vajilla con un brebaje de champú de Lola y eucalipto avinagrado en whisky barato, la señora María se empezó a preparar para ir a mercar a la tienda de don Jenofonte de Queiroz. Su lentitud amplió los minutos con una parsimonia llena de regocijo mineral. Por lo cual duró una hora en ponerse la falda azul, la blusa saraviada y el collar de bambú. Fructificó quince minutos en arar su pelo con una peineta de tenedores, ocho en recoger el canasto y ponerle periódicos viejos en el fondo,

cinco en escribir con lápiz la lista de lo que pensaba comprar y sólo un suspiro en salir de la casa Miranda. Ya que no sabía estar triste, apenas sintió el beneficio del aire fresco de la calle sacó del bolsillo una cajetilla de Viceroy y escogió un cigarrillo. De haberse enterado que ignoraba cómo estar triste, nunca hubiera fumado. Retuvo el humo en los pulmones, hasta que casi se le revientan. Completa por fin, exhaló el Viceroy y caminó indolente y ociosa hacia la tienda de Jenofonte.

Recorrió varias cuadras y sacó otro cigarrillo. Eran las diez y cuarenta y ocho minutos de la mañana. A pesar de la poca brisa, a pesar de la escasa caricia pulmonar del planeta, cuidó el fósforo con ambas manos y prendió el Viceroy con la delicia homérica de una fogata primitiva. La señora tuvo cierto pánico disuelto, cierto agravio íntimo, cuando recordó su virulencia de unos días atrás para refutar a don Jenofonte en cuanto a la idea que tuvo de elevar una cometa por la mañana. Nadie ha elevado una cometa por la mañana. Al menos no en Cali. Aquí solo venta por la tarde. Aunque don Jenofonte es capaz de elevar una cometa por la mañana. Es muy de buenas. Eso me encanta. Debe ser que la suerte llega con la tranquilidad. Eso debe ser. ¿Qué más fue que le dije? De todo. Lo humillé. Le dejé muy claro que sólo una bestia podía creer eso. Y, ¿para qué? Y, ¿por qué? Sólo fue una idea que se le ocurrió y yo casi le pego. Le dije hasta de qué se iba a morir. Pensar que don Jenofonte lo único que hace es quererme y que yo no hago más que patearlo. Ah, pero es verdad. En Cali nunca venta por la mañana. Esa es la verdad. ¿Acaso uno tiene menos compromiso de decir la verdad cuando está enamorado? Claro que eso es lo mismo de raro que colgar una hamaca de plástico en el parque. Peor. Que dormirse en ella. Mucho peor. Que soñar que fui yo la que envenenó a don Porfirio.

La señora María aspiró el cigarrillo con rabia. Fumó mientras caminaba por la Calle Quinta como cualquier otro habitante de Cali. Vio el Colegio Pío XII, cuya arquitectura le produjo una particular placidez. Al pasar por Textiles El Cedro, su paladar analizó el humo. Le pareció un ventarrón de aluminio sobrio, mezcla de asfalto tierno con una arenosa ceniza de perejil. Volvió a aspirar. A la señora le dio por inventar la receta de una sopa con sabor a tabaco, mezcla de calor disecado y mar dulce. Se imaginó tratando de oxidar un cenicero mediante un

menjurje de chicha, guasca, entusiasmo y alcaparras. Sin embargo, cuando pasó una ambulancia la señora opinó que el sabor de su caldo sería oxidado sólo por los errores y las virtudes. Desde lejos miró el Hospital Universitario y exhaló la bocanada de humo. Por el Club San Fernando iba tan absorta en la receta de su menjurje, que cada bocanada del cigarrillo fue una porción del ajiaco de tabaco.

Dobló en el parque Panamericano por el costado occidental del Estadio Pascual Guerrero. En la esquina tiró el pucho del cigarrillo hacia el aire. Contempló la obra en construcción del tercer piso. Cuando cocine el ajiaco de tabaco seguro que se me quema. Fijo. Ya me huele. ¿Cómo será, que ya hasta tengo el olor a quemado? Hasta lo siento en los huesos. No. Ese olor a quemado es de verdad. Pero, ve esta, ve. ¿cómo así “de verdad”? ¿Acaso lo que uno piensa no es parte de la realidad? Carajo, eché el cigarrillo al canasto. Se detuvo, apagó el pequeño incendio de los periódicos que cubrían el fondo del canasto y prosiguió su camino. Llegó a la tienda de Jenofonte. Antes de entrar sacó la lista y la miró como quien medita. Remolacha, maracuyá, hígado de bacalao, maní, nuez y un poco de arequipe casero para endulzar el jugo. Toronja y coco para hervir el arroz en agua de frutas redondas. Carne de cabra virgen para que Porfirio celebre una de las fiestas de la Antigüedad, porque en esto el señor Miranda toda su vida adulta permaneció escrupuloso y milimétrico. Además, hay que decirlo, ya que Porfirio ejercía durante todo el año las fiestas que observaron los ciudadanos de la Alejandría del siglo III a.C., la señora conocía al dedillo todo el calendario griego.

La señora María se quedó estática, parada en la puerta de la tienda. Por primera vez no se atrevió a entrar. El miedo es ganas, pensó cuando vio adentro a don Jenofonte de Queiroz, que en ese momento quemaba sahumeros en cada esquina de la tienda. La señora lo observaba, estática parada en la puerta. Careció de aliento. Hasta la lista del mercado le pesó, para no mencionar lo que le costó no soltar el canasto. Estornudó como una orquesta sinfónica. Don Jenofonte se percató de su presencia.

- Señora María, es para despedir los alimentos que salen de mi tienda. Para que no les de *saudade*.

Ante la distancia de la señora, que Jenofonte suponía prevención, él agregó.

- Los sahumeros. Para eso son.

Como si no lo supiera, como si no me lo dijera cada que entro a esta tienda. La señora María permaneció en la puerta, lista para irse, con el canasto en el codo izquierdo, parada con la elegancia de un pajarillo que pretende regurgitar la piedad y el agua, la virginidad y las babas. Observó el rito mediante el cual Jenofonte acarició con un cuarzo grande las lechugas, los vaivenes de la vida y no menos las mazorcas que las iras. Luego Jenofonte agarró el cuarzo con ambas manos y lo frotó con los ojos cerrados.

- Ya está. Pasa.
- Gracias.
- Me comentaron que parecía que Don Porfirio murió con algún veneno.
- ¿Quién le dijo?
- Jairo Villa.
- Ah, don Jairo no volvió después de la muerte de don Porfirio.
- ¿Usted qué opina?
- Pero, ¿quién lo iba a envenenar?
- Él mismo.
- Es lo único que don Porfirio no haría. De eso estoy segura.
- Jairo dice lo mismo.

Don Jenofonte se le acercó sin titubeos. Le pasó el cuarzo cerca a la cara y se le acercó a la piel del cuello, a la piel de las mejillas, a la piel de los hombros. Muy despacio, sin el más mínimo deseo de terminar, la sanó de tanto miedo y de tanta agriera, hasta abrazarla toda. Después la entró a la tienda con una sola mano. La entró no mucho. Le quitó algo la ropa, la besó en la boca con ternura de adulto y furia de niño y tras acariciarla con el cuarzo entre los senos se amaron

como bobos, sin reparar en que alguien podía entrar a la tienda o pasar por la calle.

Ambos asesaron, fríos y felices como si existiera quién logre no oxidar su corazón. No hay que reprocharles que se vistieran rápido y que en un santiamén llenaran el canasto con sudor y no con lágrimas, con yuca y algo de donaire, con frutas adolescentes y con legumbres, legumbres varias exentas de alardes y poco agrias.

Don Jenofonte y la señora María salieron de la tienda. Cuando subieron por la Avenida Roosevelt era ya más que un asomo de mediodía. Don Jenofonte cargaba el canasto. Yo no creo que pensara en la vanidad de las metáforas cuando la señora empezó a sollozar. Don Jenofonte de Queiroz se quedó en silencio.

- Don Jenofonte, tengo algo que decirle.
- Ah, ¿sí?
- Ella no lo envenenó.
- ¿Ella? ¿Quién?
- Fui yo.
- Un momento, señora María. Un momento.
- Yo lo hice.
- Usted es incapaz de matar una mosca. Deje de decir bobadas.

El final de la mañana brilló con un lapso limpio de ironías. Don Jenofonte dejó a la señora María en la casa y salió de regreso a su tienda. ¿Ella? ¿A quién se referirá? Debe ser a Ana María.

LA NOCHE

Se reprochó con ahínco los cosas que por la mañana le comentó a Jenofonte y, después, le añadió otro reproche: no haber limpiado la pieza del Baudelaire criollo. Lo primero no lo puedo remediar. Lo segundo sí. Miró el reloj. Eran las ocho y diez minutos de la noche. Se miró a sí misma. Era hora de que su madurez trapeara las paredes de la habitación de Porfirio, hora de que su ansiedad destejera el hilo de las telarañas personales. Para tal fin la señora María preparó un balde con jugo de melón sin colar, lo embriagó con un ron de mandarina destilado por don Jenofonte, todo lo cual aguó con una crema de cebollas y sazonó con una cucharada de pimienta medieval. Metió el menjurje en la licuadora y lo descuartzó con una tormenta de granizo o de cubos de hielo, según.

Regresó el menjurje al balde, agarró el trapeador, guardó en su donaire las caricias de don Jenofonte, se colocó el carácter en la determinación, las sandalias en las manos, el balde en la cabeza y se encaminó hacia la pieza de Porfirio. Al llegar a su destino notó que había olvidado la llave. Tanteó la puerta. No estaba cerrada, la abrió y pegó un chillido apenas estuvo dentro de la pieza.

-- No traje la llave.

¿Para qué la necesito si ya estoy adentro? ¿Para qué necesito la felicidad si ya estoy contenta? ¿Será que estar así como estoy, así como me siento casi siempre, así, contenta, güete, satisfecha, será que esto es la felicidad? ¿Soy una persona feliz? No creo. Sería muy triste que la felicidad se reduzca a este calorcito agradable dentro de mi. La señora dejó el balde en el piso, se puso las sandalias en los pies y volvió a la cocina a buscar la llave. La buscó en el dulce de coco con pimienta así como debajo de la nevera, en la azucarera infestada con ají y en las boquillas de su estufa mental. ¿Para qué busco la llave si la pieza no está cerrada? Tan bruta yo. Ya estaba adentro de la pieza y me devolví por las llaves para poder entrar. Eh, y sigo y sigo buscando esa bendita llave. Bueno, ya

no más. ¿Por qué sigo buscando si ya no quiero hacerlo? Me embobé. Me embobé. Voy a decirlo duro, a ver si me mejoro.

--- Me embobé.

Más duro. Tengo que decirlo más duro. Tengo que gritarlo. ¿Para qué, si nadie puede oírme? Estoy sola. ¿Por qué haría eso la niña? Hoy, justo hoy que enterramos a don Porfirio. Traer al novio a la casa, al Alcayaga ese. Justo hoy. Eso no fue hoy. Eso fue ayer. Ayer enterramos a don Porfirio. A la larga, es mejor que estuviera acompañada. Pero, no hay derecho. Es que ponerse ambos en esas. Ponerse a limpiar la piscina. Bueno, después de todo, tocaba limpiarla algún día. Ni modo dejarla puerca, como la dejó don Porfirio, llena de libros medio quemados. Tocaba limpiarla. No lo puedo creer. Justo el día del entierro de su papá. No hay derecho. ¿Cómo así que ponerme a mí a comprar hamburguesas? Qué vergüenza. Hamburguesas. La comida más insípida. Lo peor. Un plato al que ningún cocinero le puede meter corazón. Hamburguesas. ¿Qué tal? No hay derecho. Todas saben igual. Y me tocó ir hasta Tropicana. A mí. Hasta la Circunvalación. Y pagarlas de mi bolsillo. ¿Cómo me pongo a pensar en la plata? Eso sí que no. Ahora que se murió don Porfirio yo no le voy a tacañear a mi niña. Además, al novio como que le gustan las hamburguesas. Eso dijo mi niña. Qué va. Mentira. Lo ví en la cara del muchacho. Eso fue lo que más me dolió. El primer día en que estamos solas las dos en la casa mi niña no quiso comer de mi cocinado. Solas, sin don Porfirio. Pero mi niña prefirió a su novio. Ayer debimos quedarnos las dos solas, sin nadie más. Solas. Así como suena. Así como vamos a estar. Solas. Sin don Porfirio. ¿Cómo será la vida sin don Porfirio? Si no hay irreverentes, ¿de qué nos sirve a los demás ser obedientes? De nada. Ya sin Porfirio, la niña no me cree. Me pasa por encima como si yo fuera una mosca muerta. Me pordebajea. Me insulta. Eso fue lo que me dolió. Hamburguesas. ¿Qué tal? Ni más faltaba. Un plato sin ningún ingenio, sin ninguna chispa. Me embobé. ¿Qué busco? Yo estoy buscando algo y ya no sé ni qué es. ¿Cómo se me olvida? Me embobé. Eso. Claro, iba a gritar Me embobé. Voy a hacerlo. Voy a gritar Me embobé. ¿Tendré fuerza para decirlo bien? No. Yo sé que no.

--- !Me embobé!

Me salió bien. Sí, me salió bien. La señora María recuperó la confianza y prosiguió la búsqueda de la llave en los rincones de la casa. Incluso se atrevió a desacomodar los utensilios de su cocina. Arrumó las cacerolas como un hereje que cambia de sitio las tumbas de sus antepasados. Paró de arrumar utensilios porque ya no le cabían más en la mesita. ¿Qué busco con tanta gana? ¿Qué más voy a buscar fuera de la felicidad? Es lo que busca todo el mundo. Si uno quiere encontrar algo es porque, en últimas, le produce felicidad. La felicidad de uno mismo o la de los parientes o la de la ciudad o la del país. La felicidad que sea, pero es lo único que la gente busca. No friegue, ahora sí me embobé.

--- !Me embobé!

Esa palabra. Así me quería oír. Me salió perfecto. Así me gusta. A veces hay que ponerse bravo para poder estar cerca de lo que a uno le gusta. ¿Qué busco? Bueno, sí, está bien, es cierto, ya sé. Busco la felicidad. Pero en última instancia, en última instancia. ¿Buscando qué carajos saqué todo y lo puse en la mesita? De pronto si lo veo me acuerdo. Qué despelote. Me puse a sacar cosa por cosa y ahora no me acuerdo qué estoy buscando. Ah, pero si lo encuentro me voy a poner feliz. Entonces no sólo busco esa vaina que se me perdió sino que a la larga busco la felicidad que me va a dar encontrarla. Sólo se busca la felicidad. O huir, salir corriendo. Una de dos. Debe estar en mi cuarto. De pronto en mi mesita de noche.

Secó el sudor de su frente. Volvió a colocar los utensilios en su respectivo lugar. Escudriñó en su pieza durante treinta minutos con minucia, rebeldía o vehemencia. La señora María no encontró la llave hasta cuando esculcó entre sus pechos. Un par de gotas saladas le cayeron en los ojos. De nuevo secó el sudor de su frente. Carajo, siempre la tuve encima. Y yo que saqué toda la cocina buscando esta bendita llave. Igual me pasa con la felicidad. Dejó de regañarse aunque no del todo ya que tuvo la precaución de apretar la mano para que la llave no se le escapara por los atajos del olvido. De regreso a la pieza de Porfirio arrastró las sandalias con un dolor cansado, abrumada por la fatiga descomunal de enfrentar la responsabilidad de ser feliz sin Porfirio. Ser feliz todos los días.

Peor aún, cada minuto. No voy a ser capaz. Esto no lo remedia ni una aguapanela con limón. Ahora sí voy a guardar bien la llave. No, carajo, ¿para qué me la pongo otra vez ahí? Bueno, pensándolo bien es el mejor sitio es aquí, en las tetas. Imposible que se me vuelva a olvidar.

Entonces como una tortuga descarriada, como un elefante necio la señora usó la agonía de la lentitud para levantar el balde. En un elástico lapso derramó el menjurje encima de su cabeza. No más. No menos. Para cuando el menjurje mojó el piso, cierto es que los peñascos sólo eran pepas de melón. Las sandalias le parecieron dos veleros que navegaban en un charco de absolución. Tuvo la extraña sensación de recuperar la vitalidad, el gusto por quitarle el aserrín a la melancolía, el cariño por desperudir los rincones y, en fin, las ganas de vivir. Sin embargo pronunció una frase que desmentía su estado de ánimo.

-- Me falta algo, carajo.

No le hizo caso a las oleadas de la tristeza y, más que bailar, aleteó por la habitación al sonsonete de sus propios silbidos. Iconoclasta, en una imitación del Currulao limpió el mugre con un ímpetu de toro y un trapo verde. Se dispuso a trapear el techo, que era lo último que le faltaba para finiquitar la epistemología de su profilaxis. La señora María dejó de silbar pero no de danzar. Mientras decidía si podía bailar en la pieza del recién fallecido, desdeñó sus fracasos al empelotar las emociones. Se convenció de que ya no deseaba otra cosa que lo que le pasara. Observó uno de los versos que don Porfirio colocaba en las paredes. Le pareció que la voz de Porfirio recitaba aquel verso de Marcial: "Lo que seas, quieras serlo". Bailadora, valiente y vieja concibió la vida como un plato crudo, al que es necesario sazonar. Esto la llevó a ser feliz durante el ballet ritual. Es decir, muy feliz. Lo logré, lo logré. Soy feliz. Imposible que esto no sea la felicidad. Ah, gran pendeja, por fin soy feliz.

NOVIEMBRE

Pocas, muy pocas veces se lo planteó de una manera directa. Digo, la condición de asesina que ya tenía Ana María. La falta de pereza de los acontecimientos la condujo a pensar que su niña no sólo era inocente sino la ingenuidad misma. A esta última conclusión llegó la señora María una mañana de mediados de noviembre. Arribó allí por el camino que lleva hasta las verdades más ciertas, que consiste en ver cómo se repite y se repite una misma cosa.

Anina, desde hacía un mes, a partir del catorce de octubre, en forma reiterada consoló a Ana María. Llegaba siempre en punto de las 6 y 50 minutos de la mañana, como corresponde a una buena discípula de la escuela kantiana de la gastronomía. Anina, sin pausa ni resultados, día a día intentó animar a la niña con jugos de naranja tangelo, con platos sencillos y con otros manjares más clásicos y almibarados. ¿Cómo va a ser culpable alguien que es consolado con tanta vehemencia, con tanta buena voluntad, con tanto ahínco como Anina lo hace con mi niña? ¿Cómo?, se inquirió la señora durante semanas, más allá del final de octubre. Lo realizaba sin formularse la pregunta explícita sobre la culpabilidad de Ana María en la muerte de su padre. Más bien lo ejecutaba con la ligereza de una sensación pasajera, arrastrada por una manera de relacionarse consigo misma desde lejos. Una mañana a mediados de noviembre la señora María olvidó la pureza infalible de lo real y empezó a creer a fondo en la inocencia de Ana María.

Anina completó, es cierto, más o menos un mes en la rutina de llegar temprano, timbrar, acosar con pataditas en la puerta y entrar cada día llena de platos diferentes. Las más de las veces esta rutina no incluyó saludar a la señora y mantuvo la costumbre de sólo repetir a diario el jugo de naranja tangelo. ¿Qué le trajo hoy a mi niña? Huevos revueltos, rosquillas dulces y un queso. ¿Queso o cuajada? Queso. Definitivamente queso. ¿Cómo puede ser culpable alguien que es consolado así? Además, Dios mío, durante tanto tiempo. Durante un mes. ¿Cómo puede ser culpable? La niña no se toma más que el jugo de tangelo. No come nada más. ¿Será que yo sí puedo preparar algo que le guste a mi niña? Ay, ojalá. Sólo el juguito. Es lo único que se lleva a la boca. Y con eso se la pasa hasta el almuerzo. A veces ni almuerza. Mejor

dicho casi nunca. A Anina le desprecia el desayuno. A mí el almuerzo. Pero los ojitos verdes se le iluminan con esos manjares que Anina le cocina. Bonitos sí le quedan. Hay que reconocerlo. Pero cocinar, lo que se dice cocinar, esa vaina es con alma, vida y sombrero. Sin embargo a mi niña se le iluminan los ojitos con el cocinado de Anina. En cambio con mi almuerzo no le pasa ni un duende por la carita.

-- Y, ¿usted no quiere?

Esa mañana de mediados de noviembre Anina interrumpió los pensamientos de la señora María. Rara vez sucedía algo distinto. A eso de las diez la señora se comía las viandas traídas por Anina. De todas maneras permanecían intactas durante tres horas porque la niña no probaba bocado, salvo el jugo de naranja tangelo que se tomaba a las siete y media, juiciosa y envuelta en una especie de eternidad sin futuro. A los pocos minutos se levantaba de la mesa sin pronunciar verbo o gesto. Cuando la mañana era clara Ana María se refugiaba en la piscina. Las mañanas grises de Cali la decidían por su pieza. Pero ninguna de esas dos cosas le sucedió esa mañana de mediados de noviembre. No, debido a que después de beber el jugo de tangelo y de levantarse de la mesa salió de la casa vestida medio en pijama y medio de gala. Con intermitencia, a veces sí, a veces no, desde esa mañana la niña abandonó temprano la casa y volvía a las dos y media o tres de la tarde. Apenas salió Ana María de la casa la señora María se relajó, estiró sus piernas y comenzó a hablar.

-- Menos mal mi niña salió a la calle.

-- ¿Por qué?

-- Mija, venga le cuento. Yo trapeaba o barría tres y cuatro veces enfrente de la habitación de la niña. Cada vez que comenzaba otra vez a trapear, o que empezaba a barrer de nuevo, una rabia pequeña y astuta me azotaba la cabeza. Todo por chismosa, por tratar de ver qué estaba haciendo mi niña. Ya sabía lo que estaba haciendo. No hace nada más. Tendida sobre la

cama parece un muerto que respira. Encima de la cobija. De vez en cuando un calambre le sacude la columna vertebral. Le salen *yucas* como las que se saca uno doblándose los dedos. Las vértebras le suenan durísimo. Después lanza un quejido dormido. Porque yo sé que ella no está dormida. Sólo que mi niña se pasea pensando por su cuerpo todo el día. Se pone a pensar en los dolores. Y los atrae. Quiere los dolores, los acaricia y los acepta dizque porque es la parte del cuerpo que más necesita cuidado. ¿Será que es así? Don Jenofonte no me explicó muy bien pero todo ceremonioso me dijo algo así como Yo la llevé a ver los misterios del otro lado de cada persona, yo mismo la conduje hasta el templo de la Kundalini. Duro, le respondí. ¿A qué horas? ¿A cuál otro lado? No sea pendejo. ¿Qué templo es ese? Usted ya está muy viejo, don Jenofonte, para ponerse a inventar pendejadas. Así le dije. De bruta. Porque era cierto. Peor. Es cierto. Mi niña se pone a navegar con el pensamiento por dentro su cuerpo y se queda así el día entero, hasta que suspira como quien perdona a su época. Por la tarde, de noche casi, come un poco de papaya. Sólo la perturban los pitos de los buses que suben por el parque. Le pregunté a don Jenofonte el nombre de ese juego tan movido y me respondió con una palabra rara. Yoga. Yoga. Cada vez que no sabe explicar algo se inventa una palabrita rara para descrestarlo a uno. Yoga. Como si yo fuera bruta. Pero, no sé, esto no me suena. Todo el santo día en las mismas es mucho. Dizque el Yoga abre adentro del cuerpo algo así que digamos como un mundo tan grande como el que está afuera del cuerpo de uno. Pura y física pendejada. No cabe. El mundo no cabe dentro de mi cuerpo. Ahí está. A ver, refúteme, don Jenofonte. Me envalentoné y lo reté. Responda algo. ¿No tiene nada para decir? Mejor que se quede callado. Mejor que no agrave su caso. Usted inventa vainas y a veces se pasa de la línea. El mundo dentro del cuerpo. Yoga. Como si eso existiera. Ni más faltaba. Y al final le dije Todo el día en esas, como si no hubiera más en el mundo. El mundo está ahí. Ella tiene que salir a la calle y vivirlo. Pero, pobrecito, vida mía, no entiende ni mu. Don Jenofonte no está enterado de lo importante que es este asunto para mí. Tan tranquilo como un desmayado, me respondió El Yoga? Ah cosa útil, ah cosa útil. Además, señora, el Yoga es infinito. La joven Ana María puede quedarse así hasta convertirse en una viejita. Sin aburrirse. Si estuviera aburrida ya se hubiera levantado de esa cama. Déjela. Déjela. Ya va tan lejos que el regreso al mundo de los

compromisos, de los desayunos y de los relojes le produce un desprecio desconsolador a la joven Ana María. No ve la hora de estar otra vez haciendo Yoga. Señora María, imposible que usted no lo haya notado. A Ana María no le interesa nada más. Esa fue la respuesta que me dio don Jenofonte. Hubiera preferido que me odiara y no que me dejara como a una bruta. No se me ocurrió ponerme brava ni mucho menos contradecirlo. Pero, Anina, yo me quedé con una espinita porque me faltó aclararle lo más importante y el majadero se me escapó como si tuviera razón. Me faltó ponerle en claro que no hay derecho a que se ponga a enseñarle a perder el tiempo a una criatura como mi niña. No hay derecho. El mundo está allí, afuera, en las calles, en los almacenes, en las universidades, yo qué sé, el mundo está allá afuera. Y mi niña acostada en la cama. Ni siquiera está dormida. Por lo menos estaría haciendo algo. Dormida estaría descansando pero ni siquiera eso. No hay derecho, carajo. No hay derecho.

A partir de ese momento de la mañana de mediados de noviembre, la señora repitió con frecuencia en su cabeza la última frase No hay derecho, carajo. No hay derecho. Durante días regresó a esa frase con asiduidad proclive a la perfección. Cada vez que volvía a pronunciar No hay derecho, carajo. No hay derecho, la señora se encontraba de súbito con lo que admitía como destino. Aunque nunca acabó de aceptarlo como su vida. Su vida tal cual ella la entendía. Pensar No hay derecho, carajo. No hay derecho, le sucedió en los sitios más anémicos de emoción o en las labores que el anhelo reserva para más tarde y sólo dos o tres veces antes de la siesta, mientras esperaba el arribo del sueño para irse a donde van los que duermen. Cada vez, cada vez que dejaba un grifo abierto, cada vez que la pesadumbre digería mal las viandas de Anina y, en fin, cada vez que deseaba alejarse de sus severos pensamientos, de súbito la señora se encontraba de nuevo con su destino y repetía No hay derecho, carajo. No hay derecho. Entonces la atroz claridad de la certidumbre la enfrentaba con la muerte de don Porfirio y con la lucidez melancólica de la niña Ana María. Sin razón ni motivo la invadía una culpa asfixiante. Eran tan severos sus remordimientos, tan implacables que en una ocasión la señora alcanzó a proferir !Qué juez!, para referirse a la drasticidad con que ella misma se abordaba.

Más tarde en esa mañana a mediados de noviembre, a las once y cinco minutos, Anina comentó otra vez la tristeza profunda de la niña Ana María. Nunca fue grato para la señora. Nunca encontró justificación para la audacia de Anina, que se atrevía a recalcar lo que no se debía mencionar. Tal día incluso lo fue menos según quemó ese momento a la señora. Fue un instante, casi nada. Fue cuando respondió que Sí, que Claro, Anina, que Eso se nota a la legua. Mi niña está triste. Pero, no es para tanto. Hay que ver que es joven. Joven y sana. No como usted y yo que ya estamos más cerca del día de morirnos que del día en que nacimos, Anina. Una vez superado el tema, pasaron a esto y después a aquello, como si nada.

Tras despedirse de Anina, la señora ya sola, ya íntima, recompuso el mundo, el de afuera de su cuerpo y tuvo la certeza de que Ana María no mató a Porfirio. Está demasiado triste mi niña con la muerte de su papá como para pensar que fue ella quien lo asesinó. Si lo mató no debería estar así, tirada como un trapo en una esquina. Mi niña no mató a su papá. Entonces, ¿quién? Yo estoy segura de que no fue mi niña. Pero es difícil saber qué es lo que uno cree. ¿Cómo se inclina uno a escoger una opinión y no otra? Yo me estoy engañando. Finjo ante mis propios pensamientos que estoy convencida de la inocencia de mi niña. Pero no finjo por mentirme. Finjo porque no se puede saber con exactitud cuál es la opinión que lo convence a uno. No hay manera de que yo sepa si opino que es inocente o de que sepa si opino que es culpable. Ay, ojalá no todas las personas sean así. Veamos a ver qué es lo que yo soy capaz de hacer ahorita mismo, sentada sola en esta cocina, en mi cocina. Sola y sentada. Bueno, veamos. ¿Será que me paro? No. Sentada mejor. La señora se esforzó. Habrá aquel que le dedique décadas a la oración anterior. Habrá quien la pase por alto. Se esforzó en repicar las campanas de la osadía con una imprecación.

-- Sé tú misma, sé tú misma.

A la larga dimitió de esa responsabilidad, la única que ningún humano ha logrado cumplir a cabalidad. Dimitió de ser élla misma. No sólo eso sino que se

deleitó con la perspectiva de poder dedicarse a la mediocridad impune de la rutina. Mejor preparo el almuerzo porque ya no demora. ¿Para dónde iría? Si seré tonta. Mi niña Ana María no va a venir a almorzar. ¿Para qué me pongo a cocinarle algo? No va a venir. Pero, ve ésta, ve. ¿Cómo sé que no va a venir? De pronto le da por venir. De todas formas aunque llegue no prueba bocado. Eso es fijo. No prueba bocado es poquito. La verdad, ni mira lo que le preparo. Pero, ve. Otra vez. ¿Cómo sé que no va comerse una migaja aunque sea? No puedo estar segura. No se puede saber con exactitud cuál es la opinión que lo convence a uno.

Se quedó en silencio, no como los demás mortales. Se quedó en silencio porque ningún pensamiento cruzó por su cabeza y, como si alguien pudiera salir de su propia conciencia, desde lejos, desde muy lejos, despacio, muy despacio, se le acercó un recuerdo. Ella, la señora María, parada frente a la estufa cuando preparó el chocolate con que murió don Porfirio y después a la mañana siguiente cuando echaba el veneno a la sinrazón de la impunidad del inodoro. No es cierto. Mi niña lo mató, mi niña preparó el chocolate. No yo. A mí se me derramó el café veinte mil en el corredor y cuando llegué a la cocina ya la niña estaba dedicada a hervir el chocolate y después se lo llevó al cuarto a don Porfirio. La niña Ana María fue. Ah, no. La niña no. Está muy triste por esa muerte como para haberlo matado. Entonces, ¿quién? ¿Yo? El recuerdo en el cual ella misma preparó el chocolate envenenado continuó acercándose, continuó su fresco andar de irrefutabilidad, continuó su paso de raíz primitiva. Ese día de mediados de noviembre ese recuerdo no alcanzó a arribar hasta la señora. Se diluyó en una especie de revuelto de culpas sin sabor ni origen.

En realidad ese recuerdo duró cerca de una semana para entrar en la conciencia de la señora María, hasta el mediodía del 24 de noviembre de 1968. Esa mañana por primera vez en más de un mes no apareció Anina. Desde las siete la señora dio vueltas en la cocina igual a un trompo carnudo, sacó los cuchillos y las cucharillas de la alacena y después con una precisión nacida del cariño los dejó sobre la mesa dispuestos para el desayuno como el esqueleto de una esperanza. Puso seis puestos completos, con doble cucharita pequeña y servilleta de lino. Anina no ha llegado. ¿No vendrá hoy? No, ya no

vino. Mi niña salió hace rato. Ni siquiera se despidió. ¿Qué tal el chiste que le gasté ayer a Anina? Soy muy zopenca al ofenderla. Yo sabía que Anina se iba a ofender pero no se me pasó por la cabeza que mi niña también se iba a molestar. Yo lo único que hice fue decir.

-- La niña nunca se va a comer nada de esto, Anina. Usted quiere mostrar que cocina muy bien. Usted no cocina bien. Usted cocina lindo, que es distinto.

La señora María recordó cómo Ana María se levantó airada de la mesa y por primera vez dijo Gracias, Anina. Después se fue. En un mes nunca le había agradecido y apenas yo salgo con semejante burrada mi niña de una vez dice Gracias, Anina. Lo pronunció con un ojo en la ironía y con el otro en mí. A Anina no la miró. Quedé como si no quisiera que Anina consolara a mi niña. Claro, la embarré. Por eso Anina no vino hoy. Por ponerme de graciosa ayer. Tampoco la niña se quiso sentar aquí conmigo en la cocina ni siquiera un ratito. Lo pongo con un drama en el cual pareciera que mi niña se sentara conmigo todos los días. No sea pendeja, yo sufro como tres veces por la misma cosa.

Ahí, en ese instante, a la señora María le llegó el recuerdo en el que ella ponía veneno en el chocolate de Porfirio Miranda y después lo botaba por el inodoro. No. Yo no tengo ningún motivo para matar a don Porfirio. ¿Motivo? ¿Para qué busco motivos? Toda la vida he sentido remordimientos horrorosos y nunca he tenido un motivo para padecerlos. Ni uno solo. Porque yo he sido plenamente buena. ¿Será que yo sabía desde muy chiquita que algún día iba a hacer algo muy malo, como matar a alguien o algo así? ¿Motivo? ¿Para qué busco motivos? La señora tronó por dentro. El timbre de la puerta silbó en la casa, casi como un pajarillo recién nacido que pide alimento. Jenofonte realizó su entrada a la casa Miranda y auscultó los rincones para buscar a alguien. La señora pensó que era a Anina. Don Jenofonte preguntó.

-- Y la joven Ana María no está?

-- Está en el patio de atrás. Ah, no. Salió, salió temprano y no ha vuelto.

-- Es para que no oiga. Estoy preocupado.

La señora María supuso que Jenofonte de Queiroz estaba al borde de confesarle algún secreto respecto de la muerte de Porfirio Miranda. Segura de que al mundo le faltaban unos pocos instantes para volverse atroz, la señora dispuso la enormidad de su decencia para escuchar con naturalidad.

-- Estoy preocupado. Usted sabe, señora.

Yo sé. Sí, ¿pero qué sé? ¿Fui yo o fue ella? Diga de una vez por todas. Dígallo. Jenofonte continuó.

-- La joven Ana María. La joven, pues.....usted sabe.

Resignada a confirmar el terrible secreto, la señora pronunció.

-- Ella no tiene nada qué ver.

La señora María se relajó como un condenado a muerte que acepta su destino y decide vivir a plenitud los pocos instantes que le quedan. No la pude salvar. No la pude salvar. Ya todo terminó. Ya todo. Ya don Jenofonte sabe. La vida cogió la voltereta que no era. La señora pudo mirar con limpieza a Jenofonte. Y con énfasis. No oía bien las palabras de él. Apenas lo miraba. ¿Qué dice? Que Anina ¿qué? ¿Cómo así? ¿Anina? Me está hablando de Anina. ¿Y la niña Ana María? ¿Y el asesinato de Porfirio? ¿De qué me habla? Que Anina perdió la sazón, que ya no se viste de amarillo, que se le olvidó cocinar. Ah, carajo, ya se enteró del chiste que le eché ayer a Anina. Por eso no vino ella sino que mandó a don Jenofonte. Está brava conmigo. Por ponerme de lengüilarga, por dárme las de chistosa, de ingeniosa.

-- Sí, don Jenofonte, ya lo sabía.

-- ¿Ya lo sabía?

-- Pues claro que lo sabía. Ayer no más...

-- Creí que le iba a dar la noticia.

-- Entonces, ¿usted no vino para reprocharme la broma que ayer le hice a Anina?

-- ¿Qué broma?

-- Le dije que la niña Ana María no se iba a comer nada de esas cosas que le trae todas las mañanas.

-- ¿Eso es todo?

-- No.

-- ¿Entonces?

-- Enfrente de mi niña, le dije a Anina que no cocinaba bien.

-- ¿Ah, no?

-- Anina cocina bonito, que es distinto. Se molestó conmigo. Todo porque fui sincera. ¿De qué vale ser sincero si la gente se pone brava con uno? En todo caso, no creo que Anina vuelva por aquí. Por mi culpa.

-- Sea lo que sea que usted haga, así sea lo más malo del mundo, a mí no me importa, señora María. Yo la amo.

La cara enorme, la piel de color noche genuina, la sonrisa franca, la estatura de pirámide, los brazos de bulteador de puerto, Jenofonte entero le pareció como un inmenso aviso que anunciaba que él la absolvía del asesinato

de Porfirio Miranda. Si me perdona fue que lo hice. Que lo hice. Que yo lo maté. Si fuera inocente no se ponía a decirme esas cosas.

-- Ah, qué tranquilidad.

Suspiró la señora. Ya sé la causa de este sentimiento de culpa que me acompaña desde que tengo memoria. Qué tranquilidad. Menos mal que todos mis remordimientos tienen una causa real. Menos mal. Porque yo he sufrido mucho pensando en que las personas como yo, que nunca hacen nada malo de verdad, no tienen por qué tener sentimientos de culpa. Qué tranquilidad. Ya sé por qué me he regañado toda la vida, día y noche. En el fondo yo sabía que iba a cometer un crimen, como envenenar a don Porfirio.

-- ¿Ya se va, don Jenofonte?

-- Sí, sí.

-- Gracias.

-- No hay de qué.

-- Lo hay, don Jenofonte, lo hay.

DICIEMBRE

PRIMERA SEMANA

Así, sin dificultad aparente, un lunes inició diciembre. Anina no volvió a la casa Miranda durante aquellos primeros días del último mes, así como tampoco había regresado en el final de noviembre. La niña recuperó el hábito de nadar en la piscina y Jenofonte, toda la semana, salvo el jueves, acudió a acompañarla al mediodía. Llegaba, saludaba a la señora con un beso pleno y fugaz en la mejilla y otro pendiente en la boca de lo no sucedido y sin más ni más huía para el patio de la piscina. Don Jenofonte lo único que hizo durante esos mediodías fue recibir sol y quedarse callado al lado de Ana María, sentados los dos junto a la piscina más o menos hasta las dos de la tarde.

De la primera semana de diciembre, la señora María después recordó el viernes con más ahínco que los demás días. Lo tenía presente porque llovía a lágrima viva y porque don Jenofonte no había acudido el día anterior. Ese viernes la señora pretendió que el aguacero obligaría a la niña Ana María y a don Jenofonte a dejar el patio y a estar con ella dentro de la casa. Por lo menos un rato. Antes, cuando la vida sucedía como siempre debió quedarse, Jenofonte saludaba apenas de paso a mi niña. Ahora a la que no saluda es a mí. El aguacero los hace entrar. La tormenta le pareció una muestra que dejaba en claro que nadie puede eludir su destino, menos basado en la tranquilidad.

Con sigilo desperdiciado la señora entró a la pieza de Ana María, cuyo ventanal daba a la piscina. Está lloviendo maridos parados. Oiga eso cómo suena en el techo. Mientras más llueva, mejor. Más rápido entran. Se dedicó a mover la cortina con leve ritmo e impulso menor. Carajo, por lo menos puedo correrla un poquito. Sin moverla no veo nada. Intentó otra vez pero el temblor en sus manos lo impidió. De súbito la señora desgonzó la cortina hasta la mitad de la ventana. No voy a enfatizar el susto que padeció al pensar que quizá Jenofonte y Ana María la habían visto. Sin embargo los dos seguían sin reparar en la señora, sentados al borde de la piscina en medio de la tormenta. No es posible. Don Jenofonte está chiflado. Le está enseñando a gozar con las gotas de lluvia. Es tan exagerado que la convence. Voy a prepararles un cafecito. Con eso los convenzo de entrar.

La señora voló a la cocina. Regañó a la estufa por la lentitud con que la boquilla se demoró en ponerse roja del calor. Esto, les recuerdo, era costumbre frecuente y óbice importante en el ritmo de su día, debido a que antes de constatar que la boquilla estuviera roja por completo jamás colocaba una olla en la estufa. Pateó la puerta del horno para animar la lentitud con su afán. Oiga eso cómo suena en el techo. Ya deben estar ellos en la sala y este café está crudo todavía. A pesar de la premura hirvió dos veces el agua, como era su costumbre. Pero le salió mal. El afán no deja de ser un problema para la dignidad de los ritos. El segundo hervor lo realizó a medias y, para completar, sin convicción. En contra de sus ansias cuando la señora al fin abandonó los predios de una fingida paciencia y salió de la cocina con la bandeja repleta de leves hazañas y tres pocillos de café tinto, Ana María y Jenofonte aún permanecían quietos en el patio, a la luz triste de la lluvia. O quietos no. Ni siquiera quietos. Más bien inmunes a reaccionar ante el feroz aguacero que cada vez se desató con más ahínco, felices y callados.

No entiendo por qué, santo Dios, por qué Jenofonte a su edad se pone en semejante ridiculez, en semejante bobada de quedarse sentado durante una hora al borde de la piscina junto a mi niña. A veces más. Uhh, más. Mucho más de una hora y ninguno de los dos musita palabra. Si por lo menos se saludaran. Peor. Es peor. Dios mío, si por lo menos se despidieran. Bueno, de

cuando en cuando se miran. Se quedan mirándose a los ojos. No sé cómo hacen para mirarse a los ojos sin que ahí mismo les salga una sonrisa en los labios. Yo nunca he podido. Cada vez que miro a alguien a los ojos me sale una sonrisita pendeja. Muchas veces me odio por eso. Y me sale antes de que me dé cuenta. Pero ese par se acompañan más que si no pararan de cotorrear. En silencio. Están juntos y no se incomodan. Pero están juntos. Don Jenofonte le hace visita. En cambio yo estoy sola. Estamos tres en la casa pero yo estoy sola. Mientras vivió don Porfirio nunca estuve sola. Pensar que soy la única de los tres que le gusta hablar. Pero estoy sola sin nadie con quien hablar. Sola y vieja. Así como hoy, así estoy desde hace muchos años. ¿Años? Don Porfirio no lleva dos meses de muerto. Bueno, qué carajos. A mí me ha parecido más tiempo que los últimos cinco años. Menos de dos meses. Qué cosa. Cómo se le puede patasarribear en un santiamén a uno la vida. En menos de dos meses. Y yo tan ilusa que pensaba que mi vida iba a ser siempre mi vida. La vivo pero esta no es mi vida. Sola y vieja. No, ésta no es mi vida. Sin nadie a quien contarle mis bobadas.

Más que valiente dispuesta a la valentía, se puso encima la rabia para cubrirse de los rigores del dolor y para aislarse de la potencia de la tristeza. Después se colocó un impermeable amarillo y luego se anudó en la cabeza una gorra de plástico, que las más de las veces usaba para cubrirse el pelo en la ducha. El patio sobrevivía inundado de arriba hacia abajo, del cielo hacia la tierra y la piscina se redujo a un charco más. A la señora el patio le pareció lleno de antojos satisfechos en otros destinos distintos al suyo. Salió a la lluvia. No se trató de una ceremonia insignificante, aunque adivinó el eclipse implacable de los miedosos. Soy tan capaz de mojarme como ellos aunque, la verdad, no le encuentro la gracia. Eso es todo. Claro que no sobra agarrar mi sombrilla. En un santiamén la traigo de mi pieza. No, jamás. Nunca jamás. Son hasta capaces de burlarse de mí si salgo con sombrilla. Para burlarse de mí, ahí seguro que sí abren la boca. Ahí sí. No consideró disminuido su logro por el hecho simple de evitar la lluvia al colocar la bandeja sobre su cabeza. Atravesó con paso genial el espacio infinito de la vergüenza, llena de porte y etiqueta, ufana porque se atrevió a salir al patio sin paraguas.

Al llegar puso la bandeja en el piso y se sentó como Buda, con las piernas cruzadas. Al lado de Jenofonte, lejos de la niña. La señora María esperaba no tanto como un saludo pero sí una especie de gemido o de carraspeo. Se mojó. Se empapó y aguardó otro rato. Un profundo estornudo empezó a subirle desde el vientre. Lo vio pasar por sus pulmones, por su garganta y cuando estornudó, estornudó con la complacencia de la totalidad de sus ganas. Jenofonte y Ana María por fin voltearon a verla. La señora los miró y al bajar los ojos arrodilló su orgullo. Agarró un pocillo y saboreó un cafecito de lluvia. Jenofonte tomó otra taza y le donó el elogio de beber. Cuando terminaron de tomarse el café la señora cruzó sus ojos con los de don Jenofonte y comprendió lo que vale una mirada después de un silencio. La señora María, sin embargo, no estaba dispuesta a alegrarse por algo así.

Como pianos imperfectos las gotas sonaban sobre el gorro de la señora. Es viernes, pensó. Su quijada tiritaba un Mal de Parkinson casual, presa de una autonomía que no pudo controlar. La señora María, entonces, escogió irse por el camino de su inclinación. Piensan que me voy a mojar como ellos. No están ni tibios. Me voy para adentro. No están ni tibios. El énfasis de la señora se levantó, se puso de pie y desfiló por el borde de la piscina. A que no me caigo. A que logro pasar por aquí sin pisar a la niña, sin caerme al agua, sin tropezarme con la bandeja. No. ¿Qué estoy haciendo? Tranquila, mijita. Yo puedo. Yo llego. Ni boba que fuera. ¿Qué me hace creer que me voy a ir al agua? Ah, me empendejé. Yo puedo. Es sólo caminar. No voy a regar la bandeja ni a pisar a nadie. Resonó un chasquido de sus labios y la señora se permitió el último paso. Uno más y listo. Hoy es viernes. Pude. Carajo, pude. Pude. Viernes. O, ¿jueves? Claro, jueves. No. Hoy es...ay, juemadre.

Hasta ese entonces pretendida en amores por lo que consideraba victorias, la señora María añadió un error a su destino cuando su cuerpo de piedra adolescente cayó en la piscina. Me descuidé por ponerme a dudar si es jueves o viernes. Y al fin de cuentas, ¿hoy es qué? Qué lindo se ve el mundo abajo del agua. Viernes. Me voy a ahogar, carajo, y me pongo a perder el tiempo con lo lindo que se ve el mundo. No me voy a ahogar. Don Jenofonte se tira al agua por mí. Seguro. Para sacarme viva. Viernes. Hoy es viernes. ¿Para

qué me pongo con esa duda? Hoy es viernes y punto. Me voy a ahogar. Nunca me imaginé que Jenofonte se demorara tanto en venir a salvarme. Estoy que me reviento. No me importa. Aguardo otro poquito. Don Jenofonte me salva. Tengo que darle más tiempo para que pueda salvarme. Otro poquito.

Cierto es, aunque no sé si me place referirlo, que ni Ana María ni Jenofonte perturbaron su calma para sacar a la señora de la piscina. ¿Será que Jenofonte no se ha dado cuenta? Mientras se entera me ahogo. ¿Cómo me voy a ahogar, idiota? Me paro y el agua me llega hasta los hombros. No es sino pararme. Yo sola. No necesito a nadie.

Cuando estuvo de pie y el agua, en efecto, le daba hasta el ombligo la señora se resbaló. Ahora sí se asustó. Volvió a pararse no sin dificultades y salió ilesa de la alberca. Ilesa, es cierto, pero azotada su confianza en las dos personas que más amaba. Corrió hasta la puerta del patio para huir. Que se mojen. Allá los dejo que se mojen. Y allá los dejó que se mojaran, aunque todavía con la sensación de que era capaz de evitarlo. ¿Por qué ya no me quieren como antes? ¿Será que me culpan de haber asesinado a don Porfirio?

7 DE DICIEMBRE

Anina volvió el domingo, siete de diciembre. Llevaba cerca de quince días sin ir a la casa Miranda. La señora la saludó y empezaron a charlar. Ana María, aunque estaba en la casa, no apareció esa mañana por el comedor o por la cocina. He oído comentar que se debió a que el azar no está desprovisto de cierta sabiduría pero no me convence.

Anina y la señora charlaron muchas veces esa mañana. Muchas veces, aclaro, porque parecían empezar una nueva conversación con cada argumento. Poco se contradecían pero casi nunca estaban de acuerdo. He ahí el tono de esa amistad. Exhausta la mañana, Anina todavía no se animaba a irse. ¿Qué quiere? Ya hablamos de todo, de todo. ¿Por qué se queda? Algún embuchado. ¿Qué será? Voy a decirle que se vaya. Uy, eso no se puede con una amiga. Se molesta. ¿Cómo hago? Claro, primero le cuento algo y por los laditos le insinúo que es hora de irse. ¿Qué espera? Algún embuchado. ¿De qué le converso? Seguro que quiere que le hable de la muerte de don Porfirio.

-- Oiga, Anina. Anina, páreme bolas. Usted sí es muy difícil. ¿No? A ver, no me alegue. No me alegue. Fíjese. Eh, ave María. Espere le digo. ¿Ya le conté la que le pasó a mi niña? Pues fíjese que íbamos las dos en bus, por la Quinta, como quien va para el centro y el muchacho ése, el novio de ella, estaba allí en el mismo bus. Las coincidencias son lo más sabio que existe puesto que reflejan un proceso, decía don Porfirio. Lo recuerdo muy bien aunque todavía no lo entiendo del todo. Aquí mismo, sentado allí donde usted está. El me visitaba mucho en mi cocina. Además, usted sabe que don Porfirio tenía en cuenta mis opiniones. De eso no existe duda. ¿Cierto? No. Espere. Espere le cuento. Yo decidí acompañar a mi niña después de que le dio por salir sola todo una semana, temprano antes de las siete. ¡Mi niña! Decidí acompañarla. Eso fue, a ver, hoy es siete de diciembre, eso fue como hace quince días. El mismo día en que mi niña salió esa mañana en la que usted estaba aquí. ¿Se acuerda? La última vez que vino, porque usted me tenía

abandonada. No es reproche. Fue culpa mía. Lo sé. Lo que es así, es así. Después le pido disculpas pero espere le cuento.

Ese fue el último día en que usted vino, el día que estábamos desayunando las tres. Aquí mismo. Ese fue el primer día en que mi niña salió temprano de la casa. La primera vez. Se acuerda? Esa mañana yo le comenté que mi niña jamás iba a probar bocado de lo que usted le traía y ella se paró, le dijo Gracias y se fue. Se fue de verdad. Salió de la casa y no volvió sino hasta el almuerzo. Lo mismo pasó cuatro o cinco veces. Se levantaba muy mañanera y se largaba. Así como suena. Se largaba. Sin decir ni mu. Pero, carajo, ni mu. Y yo más asustada. Porque usted sabe, Anina. Usted sabe cómo es mi niña. Tan ignorante de las cosas del mundo. Usted sabe que ella casi no ha salido de esta casa. Entonces, a ver, ¿cuándo fue? Ah, sí. Eso, así como le digo. A mí me dio por averiguar a dónde iba mi niña. Y la seguí. No la podía dejar salir sola, ¿cierto? Ella se subió a un bus. Yo a un taxi. ¿Dónde fue? Pues claro. Donde el novio. Mi pobrecita se quedó sentada en la puerta del apartamento del infame ese. Él no estaba. Sentadita como sin afán de hacer algo. Ni divertirse ni aprender ni mirar ni nada. Yo la vi allí, la vi desde las escaleras, la vi allí acurrucadita enfrente de la puerta del apartamento. Me dio una tristeza, una vaina muy rara. Subí al trote los últimos escalones y la abracé. La abracé y me puse a llorar. A ella no le gusta que yo lllore por las cosas que le pasan. Pero no pude contenerme. Mi niña piensa que exagero. Peor. Que miento. Que demuestro el triple de lo que de verdad siento. Usted sabe que no es así, usted sabe que a ella yo la quiero como a una hija. Yo la crié. Bueno y don Porfirio.

El caso es que me la traje. Me la traje como pude. En taxi. En todo el día no hablamos del tema. Al día siguiente me ofrecí a acompañarla, ya que no logré detenerla. ¿Quién la convence cuando se le mete algo en la cabeza? Y ahí fue. Lo del bus. Lo del novio. En el mismo bus en que nos montamos nosotras aparece el zopenco con otra muchacha. Cuando nosotras nos subimos ya estaban sentados los dos. No se dieron cuenta de nuestra presencia y siguieron besándose. Mi niña, alma bendita, Dios la tenga en su consideración, mi niña se le tiró como una gata. Parecía un animal detrás de una presa. ¿Adivine a dónde fueron a parar después de que mi niña lo agarró

de las mechas? Adivine. Ni se lo imagina. A los pedales del bus, entre las patas del chofer. El muchacho trató de dorar la píldora. Que era una amiga del barrio. Que no era más. Una simple amiga del barrio. Pero, Anina, no vaya usted a creer que le doraba la píldora a mi niña. No, Anina. No. Le doraba la píldora a la otra. Mi niña Ana María y yo alcanzamos a oír cuando el maldito le dijo a la otra que mi niña era una simple amiga del barrio. Eso fue el acabose. La bajé del bus como pude. Caminamos un rato por el Berchmans y, después, mi niña, tan bobita, o no, bobita no, tampoco, en fin, después mi niña tan...tan... tan no sé qué, mi niña insistió en ir hasta al apartamento de él. Imagínese. Después de todo lo que pasó. Él la estaba esperando. Le dijo de todo, que la amaba, que esto y lo de más allá. Usted sabe cómo son los hombres. Allá se entraron. Yo me quedé afuera. La discreción. Siempre he ido así. Trato de no meterme en las cosas de mi niña. Yo no sé qué hicieron. No me consta. El caso es que ella salió feliz. Pero, vea usted. El muchacho no volvió a visitarla desde ese día. Y mi niña, yo no sé. Mi niña, imagínese, imagínese. Ella puede llegar a sufrir tanto que a mí me da miedo. Con esto le digo todo, no salió de la pieza en una semana. No salió hasta que él volvió. Ni un minuto salió de su pieza. Mejor dicho, de la cama. Me tocaba regañarla para poder cambiar las sábanas. Regañarla. Duró dos días con la misma pijama, las mismas sábanas, sin bañarse. Al tercer día me enfurecí tanto, tanto, que casi me da un ataque. Un infarto, un soponcio o algo. Esta muchachita me va matar. Hasta que el muy maldito volvió como a la semana. ¡Una semana! Hay gente que no tiene compasión. ¿Usted qué opina? No. Espere termino.

Una semana, Anina. Lo que soy yo nunca le di confianza al novio ese de mi niña. Claro, volvió a la semana y la encontró toda demacrada. Y ya no le gustó. Ya la tiró como un pañuelo sucio. Pero es culpa de él que ella estuviera así. Irreconocible. Fea. Oiga, comadre, hasta se me puso fea. Fea mi niña, que siempre ha sido tan hermosa, tan absolutamente hermosa, con sus ojitos verdes y todo. Y esa sonrisa y esa cara de yo no fui. Usted sabe. Usted la vio crecer en este parque, en esta casa. El muchacho entró a la pieza de mi niña, la vio y salió espantado como un loco. Seguro. Tenía cara como de... yo no sé...como de loco. Como si ella lo fuera a matar. Y pensar que ni lo vio la vida mía. Sí, Anina. Ni lo vio. Ella ni se movió. Él la movía con el brazo pero ella no

le paró bolas. Desde entonces jamás hasta la fecha. Jamás volvió por aquí. Yo nunca lo traté mal. Que conste. Por mi niña. No porque el muchacho me cayera bien. Por mi niña. Por ella hago cualquier cosa. Cuando eso pasó todavía estábamos en noviembre, en noviembre o ya en los principios de diciembre, no me acuerdo bien. Ah, no. Claro, fue el último día de noviembre. El treinta de noviembre. Hace una semana que no viene. La vio así y nunca jamás regresó. El maldito no pensó que él la puso así. Fue él. No se le ocurrió que por eso, precisamente por eso, sólo él la podía sacar de ese estado. Sólo él. Pero no crea. No crea. Ana María tampoco se deja así como así. Desde el día en que el novio la visitó por última vez, se levanta temprano, hasta desayuna y se pone a solearse. Desde ese día está mejor. Yo diría, sin exagerar, que está muy bien. Tal vez exagero un poco. No muy bien pero tampoco muy mal. A ver, Anina, no la aburro más. De pronto usted tiene afán de irse. Quería preguntarme algo, ¿cierto? ¿Qué era? No me va a negar que tiene un embuchado.

-- Ya no, señora María, ya no.

-- Tranquila. Pregunte a ver.

-- No. Nada. Fue que me contaron que la niña se puso a pelear con el muchacho en un bus.

-- ¿Quién le contó?

-- Don Jenofonte. Y me dijo que de pronto sería bueno para la niña que yo viniera a visitarla. Será otro día. Adiós.

LA NAVIDAD

A las dos de la mañana, apenas comenzado el veinticuatro de diciembre, la señora María se despertó cuando una legión de alfileres, que desfilaba por su nuca, se lanzó sobre sus sienes. No le alcanzó la respiración para satisfacer sus pulmones. Permaneció la noche sin dormirse, acostada con los ojos cerrados. Cuando amaneció ni siquiera intentó menear la cabeza para no perderla. Qué soledad ni qué pan de yuca. El dolor de cabeza es lo primero que me hace sentir viva en estas dos semanas.

Pasó acostada la mañana y el mediodía. De pronto creyó oír que abrían la puerta de la casa. Puso el olfato en su oído pero nada escuchó. No la cerraron. ¿Quién sería? No presentó el más mínimo amago de pararse de la cama para ir a ver si alguien había entrado a la casa. Sin levantarse de la cama y con los ojos cerrados, así pasó la tarde. Revolcada por el dolor de cabeza, supo que la soledad era un martirio para un volcán como ella. Sin prisa, sin demostrar vigor, sin cálculo ni predisposición, sin ganas de sentir apetencia, cuando la noche oscureció el día, la señora María se levantó. Toda junta, toda ella, toda sola, se paró como un dinosaurio herido por no tener congéneres. Se murió don Porfirio y yo lo envenené. El dolor de cabeza no la abandonó bajo el chorro de la ducha, mientras se abrazó al agua fría, se le adelantó al remordimiento y menos todavía en el momento justo en que secó su cuerpo desnudo con una toalla blanca de ironías y exenta de epítetos. Yo lo envenené. Fui yo, fui yo.

Ya entrada la noche, durante la celebración del veinticuatro de diciembre, en medio de su migraña, en la mitad de la sala la señora María supuso que merecía padecer semejante dolor de cabeza debido a que era una asesina. Eso es lo que me produce la migraña. Claro. Fui yo.

Ana María abrió el regalo que le trajo Jenofonte. Mientras la niña permaneció embelesada con el cofrecito, la señora se dedicó a mirarla. Mi niña no busca su soledad porque el que busca algo todavía no lo tiene. Más bien la soledad la abriga como una pijama. Eso es, una pijama cómoda. La soledad nunca la abandona. Acompañada o sola, siempre está sola. En cambio, a mí la soledad me molesta. Es un cofrecito. Seguro que don Jenofonte se demoró un buen rato para llenarlo de menjurjes. ¿Será que le gusta? Parece que le gustó. Mi niña se la pasa sola horas enteras. Horas y horas y es feliz. Cuando está sola, está tranquila. Cuando está acompañada también. Parece creer que nunca ha hecho nada malo. Flota, sí, flota como los que ya no se interesan por su propio futuro. Nada espera. Nada teme. Por fin, carajo. Está emocionada con el cofrecito. Por fin le gustó algo en esta vida. El regocijo de la joven era el mejor regalo de navidad que la señora podía recibir.

-- ¿Será que Anina ya no viene?

Preguntó la joven Miranda mientras se levantaba. No sé, respondió la señora. No creo, agregó Jenofonte de Queiroz. Ana María le agradeció el regalo a Jenofonte con un beso en la mejilla, se despidió y salió de la sala hacia su habitación, a eso de las diez de la noche. Ya solos, la señora le comentó a Jenofonte sobre lo especial que le parecía la soledad de Ana María y añadió con voz un poco más baja.

-- No es que a mi niña no le gusten las personas, Ah, no. Ella es feliz cuando está con gente. Lo que pasa, don Jenofonte, lo que pasa es que a ella le da lo mismo. ¿Me entiende? Le da lo mismo estar acompañada que estar sola. Alguien timbra. No, tal vez no. No, no era nadie. ¿Usted oyó algo, don Jenofonte? ¿De qué hablábamos? Ah, ahí está otra vez el timbre. Voy a ver quién es.

-- Debe ser Anina.

Repuso Jenofonte tras un lapso que no consideró tan largo como fue. Anina asomó su sombra líquida en la puerta de la cocina.

-- ¿Y la joven Ana María? ¿Se durmió?

-- Sí.

-- Mejor, don Jenofonte. Mucho mejor. Hace rato estoy en el parque, porque debía esperar hasta que la joven se durmiera. Entre, señora María. Entre, por favor. Está en su casa. Siéntese. No. En serio. Siéntese. Bueno, entonces no le cuento hasta que se siente. Le juro que es mejor sentada. Eso es. Gracias.

-- ¿Usted qué opina, don Porfirio? Mejor sentémonos a ver.

Ante la carcajada de Anina y la euforia de Jenofonte, la señora María retrocedió hacia el árbol de Navidad. Aunque, a decir verdad, ante todo retrocedió hacia la migraña. Anidó las manos sobre la cabeza y casi pronunció un ¡Ay!. Casi. Eso hay que tenerlo en cuenta para una cabal comprensión del momento. Empezaba a comprender las consecuencias de la sinceridad.

-- Yo no soy don Porfirio.

-- Pues claro que yo sé que usted no es don Porfirio. Ni más faltaba.

-- Me acaba de decir don Porfirio.

-- Mentiroso. No es cierto. ¿Para qué miente? Pregúntele a Anina. A ver. No se atreve. Ni que estuviera chiflada. Anina, ¿yo le dije Porfirio a don Jenofonte?

-- Eso no importa. Deje le cuento. Siéntese.

El tono de la voz de Anina, grave, breve y opaco, los condujo a un silencio.

-- Bueno, está bien. Sólo respóndame antes de empezar el cuento. O mejor usted, Anina. ¿Le dije Porfirio a don Jenofonte? ¿Verdad que no?

-- Eso no importa. Tengo algo para contarle. Es algo muy ... muy grave.

De la boca de Anina no salía saliva. Menos, mucho menos, sílabas. La primera que esperaba sus palabras era la propia Anina.

-- No puedo.

Su voz se escuchó en medio de un ronroneo vago, mezcla de himen verbal y sollozo olvidado. Se enderezó en el asiento, respiró y, como quien coloca la ropa recién planchada en un armario, nítida, metódica, les contó.

-- A Alcayaga, el novio de la niña Ana María, lo encontraron muerto debajo del Puente Ortiz, asesinado de una pedrada en la cabeza. Aseguran que lo mató una jovencita. Eso dicen. Claro que yo no sé.

La señora María, ceremoniosa pero no efímera, cultivó sus raíces cuando respondió.

-- Y usted cree que fue mi niña. ¿Cómo se atreve a insinuar semejante barbaridad? Usted la conoce desde que nació. ¿Cómo se le ocurre?

-- Déjela hablar, señora María.

-- ¿Déjela hablar? ¿Se volvió bobo o qué, don Jenofonte? Anina viene aquí a acusar al ser más transparente que ha nacido, viene a acusar a mi niña del asesinato de su novio y usted se pone de parte de ella. No hay derecho, carajo. No hay derecho. No le falta más que acusar a mi niña por la muerte de don Porfirio. Es mejor que salga de aquí. Sí, señora. Se me va. Ni más faltaba. Mi niña nunca ha matado a nadie. Si lo sabré yo.

Anina salió de prisa, no sin antes aclarar que ya habían capturado a la responsable. La señora le colocó oficio a su desenfreno y le sirvió un plato con papitas fritas y salsa de tomate a don Jenofonte, quien opinó un suspiro, se comió una papita y, mucho después de un lento silencio, señaló.

-- Pero, ¿don Porfirio murió de muerte natural, cierto?

-- Dejémoslo de ese tamaño. Yo tengo mucho dolor de cabeza. Usted me excusa.

-- No, tranquila, señora María. Ya me iba..

La señora aguardó hasta que se fue. Sin llorar, quiero dejar sentado, esperó sin llorar. Además, lo que es la valentía, sin llorar lo besó en las dos mejillas y sin llorar le deseó Feliz Navidad. Pero hasta allí resistió, hasta cuando cerró la puerta y encontró que su vida y ella permanecían dentro de la casa. Adentro, Dios mío. ¿Qué hago aquí? Fue ella. Fue mi niña. Vida hijueputa, ¿por qué? ¿Por qué? Mi niña es buena. Sin moverse de la misma baldosa la señora corrió y corrió. ¿Por qué zapateo en el mismo sitio? Pero yo soy bien pendeja. La policía ya agarró a la culpable. Y yo me pongo a creer que lo asesinó mi niña. Parezco su peor enemigo y la acuso sin que nadie sospeche de ella. Nadie más la acusa. Sólo yo. Y pensar que lo único que hago es cuidarla. Hasta de ella misma.

Al otro día, veinticinco de diciembre, la señora no le contó a la niña del asesinato de Alcayaga. Tampoco permitió que nadie le mencionara el asunto. Exhaustiva e imparcial ni deseó ni se permitió otra cosa fuera de observar qué tan verdadera era la tranquilidad de Ana María. Ni un resquicio encontró, ni un suspiro indolente, ni un gesto delatador, nada. Mucho menos cuando más segura estaba de que lo lograría, a eso de las tres y media de la tarde, después de caminar ambas hasta la Plaza de Toros. Por ver la cabalgata con la cual comienza la Feria de Cali, ambas quedaron encerradas entre los centenares de caballos. La joven Miranda y la señora María se perdieron de vista entre una multitud en la inauguración de la Feria de Cali de 1968. La

niña, en medio de una niebla mal pintada, buscó en los Farallones una colina específica, Pico de Loro. Hermosa como un universo, altiva por indiferente, de espaldas a la cabalgata, Ana María miró y buscó y buscó, hasta que dijo.

-- No está.

-- ¿Quién, mi niña? ¿Quién no está?

La señora María estaba a su lado sin que la joven se percatara. Su tono de voz parecía entusiasmado porque Ana María había tenido la iniciativa de tomar primero la palabra. Sin responder a la pregunta Ana María se encaminó de regreso a la casa, absorto el gesto y candoroso el andar, exiliada de los dos o tres piropos que su sincera belleza suscitó de algunos jinetes medio borrachos. La señora la siguió entre la multitud. Con una mano espantaba el sudor de los caballos y con la otra llamaba a Ana María, que no la esperó. La señora agrandó el paso, resuelta a dejarse llevar por su fuerza de voluntad e impedir a toda costa perder de vista a su niña. Alcanzó a la joven Miranda y repitió.

-- ¿Quién, mi niña? ¿Quién no está?

Obtuvo por respuesta sólo los consejos que proporciona el silencio. Que, aunque para algunos son muchos, fueron nulos para la señora María. Cuando entraron a la casa, ante la insistencia de la señora, Ana María la sacó de la duda.

-- Pico de Loro, señora María. Pico de Loro. Buscaba a Pico de Loro.

-- Ah, yo me figuré que buscaba al muchacho, al novio suyo.

La señora, ufana ante tal despliegue de su propio ingenio para ver la reacción de la niña cuando oyera mencionar a Alcayaga, se distrajo y no escuchó bien la respuesta. Suspiró. Ya no oí lo que dijo. Pero la placidez de su cara es la de una persona inocente. Es el ser más transparente del mundo.

EL FIN DE AÑO

La última promesa de la señora María en 1968 consistió en vivir el resto de sus días sin pretender ser mejor de lo que era. A las once y cincuenta y nueve minutos de la noche del 31 de diciembre, decidió que a esa promesa dedicaría su esfuerzo. Esa última promesa, sin embargo, desmentía una manada de intenciones exhaustivas surgidas en el lapso de los cinco o seis días anteriores. En esos días llevó consigo un papel doblado, en el cual apuntó las intenciones a medida que se le ocurrían. En cada caso juró cumplir la respectiva intención para siempre y, antes de cualquier otra cosa, merecer haber llegado a pensarla. Una manada de intenciones que a partir del veintiséis de diciembre se puso en la tarea de escribir una por una y que, por cierto, en última instancia sólo pretendían volverla mejor de lo que era.

Entonces deseó saber a ciencia cierta cuáles intenciones quedaban desmentidas porque ya había decidido que no quería ser mejor de lo que era. La lista, carajo. Yo sé dónde puse la lista. La lista con mis buenas intenciones para el año nuevo. No me falta más que recordar dónde la puse. Eso es todo. Ya me acordé. El primer minuto del año 69 la abalanzó al cajón de su mesita de noche. Se enredó un poco para sacar el papel doblado. Leyó con una voz repleta de mordiscos y señalamientos.

1. *Dejar de suponer que mis defectos también los tienen los demás.*
2. *No volver a secarme el pelo con la plancha.*
3. *Ser amable cuando estoy de malgenio.*
4. *Tener la capacidad de asustarme de verdad.*
5. *Servir más rápido la comida.*
6. *No volver a envenenar a alguien.*
7. *Permanecer juiciosa en los momentos de aburrimiento.*
8. *Ponerme brava por cálculo.*
9. *No hervir el agua dos veces. (Anotación: es una bobada)*

10. *Nunca más hacer listas.*
11. *Dejar que mi niña sea infeliz.*
12. *Sacarme de la cabeza que mi niña es una asesina.*

Buscó un lápiz con afán. El afán, ya se sabe, es una falta de sindéresis en los hechos. En su pieza no encontró uno. Fue hasta la de Porfirio con la lista en la mano, halló un bolígrafo de tinta verde y tachó las dos últimas promesas. Tan boba. ¿Para qué las tacho si ya voy a botar toda la lista? Si acabo de resolver que no voy a cumplir nada de nada, que ya no quiero ser mejor de lo que soy, ¿para qué voy a tachar preciso esas dos? Ya no quiero ser mejor de lo que soy. Esa es la decisión más importante que se puede tomar. La señora devolvió sus ojos al papel pero no devolvió su atención. De todos modos continuó la lectura. Leía parada en la pieza de Porfirio Miranda. Permaneció sumergida en la perspectiva encantadora que le parecía llegar a poder vivir sin regañarse por sus infinitas bobadas y, lo mejor de todo, sin sentir que algo más importante requería su atención. Yo soy así. ¿Y qué? A ver, a ver, pues, ¿y qué?

13. *No volver a creer que soy mi propio Judas.*

Yo soy así. ¿Y qué? A ver, a ver, pues, ¿y qué?

14. *Portarme amorosa con Jenofonte (Anotación: Tan amorosa como de verdad lo quiero).*

Yo soy así. Y ¿qué? A ver, a ver, pues, ¿y qué? Así soy.

15. *No tachar nada de esta lista. (Anotación: es una bobada)*

¿Qué dice aquí? No recuerdo lo último que leí. A ver, con juicio, a leer con juicio. *Trece, No volver a creer que soy mi propio Judas. Catorce, Portarme amorosa con Jenofonte (Anotación: Tan amorosa como de verdad lo quiero). Quince, No tachar nada de esta lista. (Anotación: es una bobada).* Ah, entonces yo ya sabía que no iba a ser capaz de cumplir mis promesas. De lo contrario,

¿para qué puse que no podía tachar nada? Y pensar en todo lo que fingí que iba a cumplir cada punto de esta lista. Pensar en lo ceremoniosa que me puse, en lo trascendental que me sentí. Estaba en la gloria pero en el fondo ya sabía que no iba a cumplir nada de eso. Allí está pintada la condición humana. ¿Cómo he podido ser tan feliz y tan desdichada al mismo tiempo? ¿Será que insulto todos mis sufrimientos si digo que he sido feliz? Y, al revés, al revés también. A ver, ¿cómo sería al revés?

La señora no logró colocar esa ecuación al revés. Lo intentó hasta que furiosa y efímera rompió la lista en varias iras y en mil pedazos, que arrojó al piso. Grosera consigo misma e invencible como una derrota, abandonó la habitación de don Porfirio. Caminó hasta el infinito, es decir, hasta la cocina y allí se colocó en la tarea de descifrar en qué circunstancia se le ocurrió cada una de las promesas de la lista. La primera, la primera es....¿cómo era? La primera.....bueno, no importa. La segunda es.....eh, se me voló la segunda. La tercera...¿cuál sigue? ¿La quinta? No. Sigue la tercera. La tercera es.... La lista. Carajo. Necesito la lista. Y ya la rompí. Se devolvió al cuarto de Porfirio. Escrupulosa y lenta, mantuvo un paso de fingida parsimonia. Estoy sola y todavía me esfuerzo por mostrar una tranquilidad que no tengo. Si fuera sincera conmigo habría salido corriendo a buscar los pedacitos de la lista, en vez de ponerme a andar como un tullido.

Antes de empezar a correr soltó una risita cursi pero plena. Después hamaqueó su cuerpo igual a un niño que aprende a caminar y corrió. Al instante se detuvo. Una y otra vez repitió lo anterior hasta que en vez de detenerse pasó veloz por la puerta de la pieza de Ana María y prosiguió hasta el patio. Ya basta. No más. La señora frenó las carreritas al borde de la piscina y asesó. Así está mejor. Así está mejor. Me devuelvo un paso sí y el otro también. Así, pasito por pasito. Ya voy llegando. La señora María abrió la puerta del cuarto de Porfirio. El pito de varios carros le llegó como una hazaña inútil. Buscó el largo espejo colgado frente a la cama, miró su propio rostro y encaró el disgusto de ser como era. Sería, en el espejo miró aquel rostro ajeno y que, no obstante, le pertenecía. Con sus ojos clavados en los ojos del espejo, levantó amenazador el índice de la mano derecha.

-- Me vas a obedecer, zopenca.

Dicho lo anterior arrodilló la intemperancia, dobló su cintura, esculcó entre los zapatos del clóset, escarbó aquí, allá y se metió hasta debajo de la cama decidida a recuperar cada pedacito de la lista de promesas. Una vez recuperó algunos pedacitos de la lista se puso de pie con la agilidad y el orgullo de un elefante.

-- Se las aprende de memoria y las cumple todas, todas, toditas. ¿Me oyó? Toditas.

No quedó convencida de su propia voz y acudió de nuevo al espejo. No me muevo de este espejo hasta que no esté convencida. No me muevo de aquí. ¿Será que voy a volver a envenenar a alguien? Tengo que poner mucho cuidado cuando cocino. En realidad, no deja de ser pertinente abonarle a la señora que durante más de diez minutos prolongó esa posición frente al espejo, feroz y enérgica mientras prometía no volver a envenenar a alguien. Entonces tuvo ganas de dormirse. No es nada. Es sólo cansancio. No se me van a cerrar los ojos. No lo permito. Tengo que abrirlos. Yo puedo. Yo puedo. Se me cerró uno, el derecho. Con el ojo que le quedaba despierto la señora María continuó auscultándose en el espejo. Luchó como un hereje contra la fe del vigor y contra el axioma del cansancio. Para no dormirse se enfrentó al dogma inexorable del mecanismo de la naturaleza y lo venció. Es cierto. No permitió que su conciencia se durmiera. Es cierto. Pero sólo mientras lo logró. Después, el otro ojo ensañó su crueldad mediante la lentitud con que juntó los párpados.

En el momento en que su derrota se consumó, es decir en el instante en que cerró el párpado izquierdo y dejó de ver su rostro en el espejo, un fluido de ecuanimidad esparció algo deleitable en cada uno de los rincones de su conciencia. Apretó todavía más los ojos, convencida de que podía ver menos que nada. El verdadero mundo es este, el mundo mío, calientico y mío. Y ¿si me quedo así, con los ojos cerrados y encerrada en mi propio mundo? De pronto todo se mejora. Sí, así me voy a quedar, quietecita como cuando hago

el amor con don Porfirio. ¿Qué? Me embobé otra vez. Con don Jenofonte. Dizque con don Porfirio. Ni más faltaba. La lista, carajo. Necesito la bendita lista de mis promesas de año nuevo. Vas a cumplir cada una de esas promesas, ¿me oís? Cada una. Una por una. Esta vez me vas a obedecer, zopenca. ¿Será que en Navidad le dije Porfirio a don Jenofonte? Ola, en realidad, no estoy dormida. Ni siquiera tengo sueño.

Abrió los ojos sin dificultad. Su rostro permanecía idéntico en el espejo, salvo que ella no lo vio. Voy a pegar los pedacitos de la lista. No me creo capaz. Estoy convencida de que no soy capaz. Bah, no importa. Lo voy a intentar de todas maneras. A ver, comencemos por aquí. Bien, aquí está el primer pedacito. Está en blanco pero tiene como una letra por acá abajo. A ver otro que tenga aunque sea una palabra completa. Permaneció escogiendo papelitos, despiadada con ella misma. Terminó mañana. Me llevo estos. Sacó una bolsa plástica del bolsillo, metió adentro los pedazos de la lista como quien empaca estrellas y juramentos, amasó la bolsa hasta dejarla en su mínima expresión y la regresó al sitio de donde salió.

Pensar que para llegar a su cuarto tenía que caminar por casi toda la casa le produjo a la señora María un aburrimiento perverso. Prefiero tirarme al tren que pasar por eso. Ni masoquista que fuera. Sin moverse de la pieza de don Porfirio realizó el recorrido con su pensamiento y aun así la mortificó. Yo me quedo a dormir aquí. En el suelo no. En el sillón menos. En la cama de don Porfirio. Levantó la cobija. La cama le olió a jabón, pecado y ajo. Se acostó y colocó la cobija encima de su cuerpo. El frío en los dedos de los pies no impidió que pronto cayera dormida en esa primera noche del año 69, rendida ante el sueño, entre otras cosas.

ENERO

1 DE ENERO

Construida sobre detalles de los que poco se percataba, apenas se despertó en la cama de don Porfirio la señora María empezó a ingeniarse los preparativos para la fiesta del cumpleaños de la niña, el veinte de enero. Faltaban menos de tres semanas para prepararlo todo, para remediarlo todo. No pensó mucho al respecto de lo que pudiera opinar la joven ni se le ocurrió que de pronto Ana María no deseaba celebrar su cumpleaños.

Desde el primero hasta el veinte de enero, la señora María se embarcó en un maremoto personal cuyas olas arrasaron los obstáculos con la insolencia de la buena voluntad. Adoraba todos los años empezar con suficiente antelación los preparativos del cumpleaños de Ana María. Irredimible en los defectos de su bondad, impelida por mecanismos tan profundos como equivocarse o acertar, el primero de enero la señora ideó su proyecto para que la vida volviera a ser como era antes de la muerte de Porfirio Miranda. Antes, antes de que la mecánica de la realidad entrara a perjudicar su risa, antes de que su alegría se convirtiera en un tinglado de la farsa, antes de que le diera pena ser feliz. Sin saber por qué, corrió hasta la pieza de Porfirio. Corrió, narro yo, porque la señora supuso caminar con lenta dignidad. Entró y buscó uno de los letreros que don Porfirio pegaba en las paredes de la habitación. Encontró el letrero donde siempre lo vio, donde sabía que estaba, junto a la puerta. Leyó con un tono apenas audible.

-- Gravísimo es el imperio de la costumbre, Ennio.

No entendió nada. Ni siquiera la razón que la abalanzó hasta ese letrero. Padeció la miopía aquella con la cual cada quien se mira a sí mismo. Regresó a la cocina y reanudó sus faenas comunes y corrientes. Se apresuró a colocarle una parrilla a la olla para que el arroz adquiriera la consistencia indispensable y asegurar la plena individualidad de cada grano. Agregó burbujitas de icopor al azúcar para que rindiera más y sin el menor aviso sintió un brío feliz y rotundo.

Buscó lo que tanto brío le procuraba, lo buscó por los techos de su afán, por las dolorosas telarañas de los recuerdos y por los remotos lares de la infancia. Pero nada. No encontró qué le daba el brío para ser feliz entre tanta tragedia. Feliz cuando serlo era muy parecido a una grave falta a la ética, según valoró las circunstancias que la rodeaban. Se sentó en uno de los asientos de la cocina. ¿Por qué fui a leer ese letrero hasta allá? Ya ni me acuerdo de lo que dice. ¿Cómo se llama el poeta? Aguardó un rato con la esperanza de recobrar el hilo de su conciencia. Gravísimo es el imperio de la costumbre. Por costumbre. Por eso estoy feliz cuando debería estar triste. Sigo siendo feliz porque siempre lo he sido. Por costumbre. Por el imperio de la costumbre. Por eso corrí a leerlo. Soy feliz a pesar de que sé que maté a don Porfirio y que mi niña mató a su novio. Por costumbre sigo feliz. Se acordó de la lista de promesas, ante todo de la última que pedía que no considerara más como una asesina a Ana María. Le dio pena no recordar primero aquella que le advertía a ella no volver a envenenar a alguien. Del grifo del lavaplatos llenó un vaso con agua al clima. Cuando se trata de pecados, primero van los de uno. Eso tiene que ser parte de la ética. Es estúpido cualquier intento por cambiar las costumbres de uno. No me gusta el agua al clima. Me gusta fría, recién sacada de la nevera, que el vidrio del vaso quede con neblina. Bebió, a pesar de que no quería desterrar su costumbre de tomar agua fría. Tuvo impaciencia por lo sabrosa que le supo el agua al clima. Un cuarto para las nueve de la mañana de aquel primero de enero le encantó salir de la casa Miranda, ir hasta la tienda de don Jenofonte de Queiroz, saludarlo, esperar hasta que se

terminaran los besos y se agotaran las bienvenidas, para sentarlo en una butaca y solicitar su consejo.

-- Ayúdeme, don Jenofonte. Necesito preparar un ponqué que haga feliz a la humanidad. O, al menos, a mi niña Ana María, que es la parte de la humanidad que más me importa.

Don Jenofonte le advirtió los peligros de sobre valorar los efectos potenciales de la culinaria. Ella lo refutó, con un mal genio adornado de un gesto de brusquedad en los labios. Él le concedió a la señora María el beneficio de aceptar argumentos emanados de la rabia y certificó que ella estaba en lo correcto. Por lo demás, no es cosa que extrañe, puesto que igual sucede en muchas conversaciones. Don Jenofonte de Queiroz finalizó, se quedó medio mudo y añadió.

-- Todas las tortas sólo han tenido ese propósito, señora María, hacer feliz a la humanidad.

Porque quien permanece ajeno a su propia inclinación tiene poco espacio para dar vuelta a tal situación, don Jenofonte de Queiroz respondió lo anterior con un acento portugués que delataba su origen brasileño. El acento se le incrementó a medida que trató de convencer a la señora María de que las celebraciones, y por lo tanto los ponqués, a través de la historia no poseían otro fin que adormecer la melancolía. Se remontó incluso al Banquete de Platón.

-- No sea bruto, carajo.

Don Jenofonte, nutrido por razas y menesteres, recibió el escaso elogio implícito en aquel regaño y agregó, esta vez ya sin acento portugués.

-- No entiendo.

¿Qué va a entender? ¿Qué va a entender si para eso se necesita que yo le explique que mi niña Ana María asesinó a don Porfirio y que después también asesinó a su novio? ¿Qué estoy pensando? La lista, carajo, debo cumplir la lista. Más bien se necesita otra cosa para don Jenofonte entienda. Se necesita que yo le explique que mi niña se está dejando morir y que los minutos le caen encima como si fueran espinas. No, espinas no. Mi niña no sufre. Ella no siente culpa. Es inocente. Qué vas a entender, mi amado don Jenofonte. Qué vas a entender que ni siquiera yo misma sé si mi niña es inocente o culpable. Como si contarte todo eso fuera tan simple, como si yo pudiera contarte eso sin que pienses que mi niña es culpable. Ojalá que otra persona pudiera pensar como uno, sentir igual que uno. La señora María miró a don Jenofonte. No descansó en tal tarea hasta mucho después de meditar sobre su mutuo romance, sobre su confianza en él, sobre su apetencia por creer en el amor, por creer en algo diferente a su maremoto vivencial. De ser feliz por algo, por don Jenofonte y no por costumbre.

Así, pues, lo miró sin saber si tendría el valor suficiente para tirarse al duro mar real, cuya agua salada convierte la vida personal de cada quien en una aventurilla tangencial. Jenofonte de Queiroz no bajó los ojos, ni mucho menos endureció el tono de sus pupilas mientras la miró lento, como quien observa todo lo que hay en el universo. Ah, con que me mirás como queriéndome. Te lo voy a contar todo, don Jenofonte. No puedo seguir sufriendo así. Te lo voy a contar. Ya viene. Me va a abrazar. No, no. Que no se acerque más. Pero, ¿qué me pasa? Don Jenofonte no se ha movido. Pues voy yo. Sólo ir hasta Jenofonte y plantarle un beso indiscriminado en la boca, sólo resolverse a opinar con hechos, sólo doblegar aquello que traen consigo uno a uno los minutos, convenció a la señora María de que antes de la lluvia, antes de las tumbas y antes del mundo, es mejor llorar.

En ese instante, don Jenofonte prefirió comprender por encima de ser amado y repitió No entiendo. Eso enamoró más a la señora pero le quitó el ímpetu. Y ya no pudo contarle nada. Y ya no logró otra cosa que deshacerse en una mezcla inane de sollozos y risa. O abrazarlo, pensaba. O abrazarlo y dejarme ir, dejarme ir más allá de lo que creo que puede ser mi vida. La señora

aulló, semejante a quien agacha su llanto, no como quien llora. Nada dijo. Aferró sus brazos alrededor del volumen inacabable de Jenofonte, vertió su mejilla sobre aquel hombro y fue consolada. No le bastó. Tampoco a él. Sin embargo ese abrazo se constituyó en uno de los más sinceros de cuantos recordarían. Roto el abrazo por el tiempo, don Jenofonte sentenció.

-- No hay que desear ser feliz. Eso sólo trae amarguras. Hay que intentarlo, sin esperar nada.

Ella, novata en las lides de la alegría, rió. Jenofonte, tras un devastador silencio, preguntó.

-- ¿Es tan difícil?

La señora se sorprendió de que él la tuviera en cuenta, como si ella le importara. No sus opiniones. Sólo ella. Lo cual, por supuesto, la señora descartó con amplio énfasis. Muy amplio. Querer a alguien, tal vez hasta allí pero llegar a aceptar que alguien la quisiera, eso nunca. Nunca. El sabor de esa sensación paseó por las venas de la señora María hasta que las siguientes palabras le salieron del ánimo, no sólo de la boca.

-- Don Jenofonte, ¿qué es tan difícil? A ver, ¿qué? ¿Amar?

Don Jenofonte de Queiroz, como respuesta, la abrazó sin los brazos, la besó sin la boca, la acarició sin las manos y, en vez de hacerle el amor, la volvió suya con sólo una actitud, con sólo un gesto, con sólo tomarla del codo para conducirla a sus aposentos privados, donde ejercía la ciencia de los menjurjes. Fueron al patio de atrás. Jenofonte lo mantenía cubierto más o menos hasta la mitad con una ramada de tejas y palma. El resto florecía sembrado de plantas medicinales y de otras. La huerta relucía como un espejo meticuloso y por doquier la señora apreció la plenitud de un trabajo a fondo, ejecutado con cariño, paciencia y disciplina. Lo amó más que en ningún otro momento. En la parte techada las paredes padecían una plaga infinita de cajitas de madera puestas en una complicada estructura de listones delgados.

Las cajitas eran iguales. No tenían la parte de arriba, repletas todas de papelitos con la respectiva receta del menjurje en el fondo y con los respectivos minerales, plantas u otros útiles como pisapapeles. La señora María se abstuvo de mirar a don Jenofonte y quitó de un cajón lo que supuso espárragos. Después leyó la receta.

*La estufa se coloca en bajo por la noche.
Una olla con un medio litro de agua,
una espiga de canela y doce espárragos.
Por la mañana se bebe toda el agua.
Contiene ácido acetilsalisílico.
Sirve en vez de la Aspirina.*

Volvió a poner la receta y los espárragos en orden y se atuvo a un suspiro cruel. Tal vez el ventarrón de por la tarde amerita los pisapapeles, concluyó la señora para sí misma tras terminar una inspección silenciosa de los cajones de las otras dos paredes. Comprendió qué tan grande era su condición de discípula de don Jenofonte de Queiroz. Poco conocía la timidez pero en ese momento la señora se abochornó de su actitud general con don Jenofonte, de su displicencia permanente, de su desfachatada ironía para refutarlo, de su desdén por los comentarios de él. Quedó anonadada por tener su propia mediocridad como sabiduría. Y ya que, objetivo o no, toda timidez es un reconocimiento de la valía del mundo exterior a uno, la señora agregó algo de aire a sus pulmones. Al exhalar ese aire proclamó.

-- Tal vez soy capaz de hornear una torta que haga feliz a la humanidad, don Jenofonte. Pero no a mi niña Ana María.

-- No estoy de acuerdo, señora mía. Usted es incapaz de cocinar cualquier plato que no vuelva feliz a quien se lo lleve a la boca. Lo digo de verdad. Usted es la mejor cocinera que mi paladar conoce. Ya sabe que de joven fui marinero y he probado la cocina de Shanghai, Yokohama, Singapur, El Callao y de Alejandría. En ninguna parte del mundo existen los revueltos

casi sagrados que salen del ingenio de su estufa. Usted es incapaz de preparar un plato que no le agregue felicidad al suertudo que se lo come.

El razonamiento de Jenofonte no refutó la profunda desazón de la señora porque en el fondo se sabía incapaz de preparar un plato que volviera feliz a su niña. En cambio, el elogio fue remedio suficiente para el síntoma. A don Jenofonte la facilidad con que ella accedía a la felicidad mediante una alabanza, la espontaneidad ridícula con que ella se alegraba por cosas vanas, en fin, la pequeñez espiritual de la señora María hacía muchos años que ya no lo desenamoraba. Al revés, disfrutaba con el zigzag emocional de la señora. Además, esta vez el elogio era sincero. Por lo cual don Jenofonte se perturbó aún menos por las exclamaciones, el énfasis y el exceso de gestos de la señora.

-- Entonces, don Jenofonte, manos a la obra.

-- No, no. Lo profundo siempre viene acompañado de un ritual.

El viejo brasileño trajo un asiento amarillo. La señora se sentó. Pero no sólo se sentó sino que administró la suficiente valentía para mirar a don Jenofonte. Don Jenofonte se paseó sin utilidad aparente, descolgó algunos frascos y contó los espárragos del cajón que había sacado la señora María. Limpió una docena de cajones con un trapo de terciopelo desnudo, sin agua. Mientras don Jenofonte se demoraba y no daba muestras de prisa o señas de afán, mientras se empecinó en los preparativos y trajo y llevó piedras, mientras trasteó y movió plantas como un pianista detenido en una nota de Chopin, la señora María miró la hora y deseó huir. Carecía de la suficiente grandeza de carácter como para aceptar su ignorancia en la preparación de menjurjes. No era fácil, si se toma en cuenta que la confianza de la señora radicaba en la maestría en tal arte. A la larga, el orgullo es lo que impide saber más cosas, pensó y pronunció en voz alta.

-- Yo puedo.

-- Claro, señora María. Claro que puede pero antes lea esto.

Al finalizar sus palabras Jenofonte se dirigió a la puerta del patio. La cerró. Había un letrero escrito en la parte de atrás de la puerta en el cual cada letra se teñía de un color distinto. Rezaba de esta manera.

Menjurje. m. Menjunje, mejunje. Menjunje. m.

Mezcla de varios ingredientes medicamentosos o cosméticos.

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

-- Léalo, señora. En voz alta, por favor.

La señora se sintió cansada por la simple probabilidad de ser más feliz de lo que siempre consideró posible serlo. Empezó a leer el letrero con el énfasis de aquel que confirma su conciencia en una nueva religión. Tono altisonante, tesón añadido, convicción exagerada, ninguna de esos pormenores le importaron a Jenofonte. Aguardó a que la señora finalizara y empezó él a leer. La señora lo calificó carente de énfasis pero no pudo desmentir que hablaba pleno de convicción. Don Jenofonte sintió que su voz tenía el tono del maestro que sabe cuánto pauperiza su sabiduría porque conoce los límites de su alumno. La señora le reprochó.

-- No, don Jenofonte. Así no se lee esa vaina.

Jenofonte sufrió un desencanto sincero cuando la señora se volvió a sentar. No quiere decir que le diera mucha trascendencia. Lo que más le importaba era estar enamorado. De todas las experiencias posibles la que más le interesaba era amar a la mujer que el camino ineludible de los hechos le había posibilitado conseguir. Ser justo, conseguir dinero, tener razón y los demás sentimientos le parecían menores. Don Jenofonte se silenció como un motor que se apaga. La señora tuvo necesidad de huir, no ya sólo el deseo, y se levantó del asiento. Don Jenofonte exhaló inerme y ridículo. Lamentó la estupidez de traer a la señora María hasta su santuario, la insensatez al mostrarle su liturgia. Al menos el comienzo de su liturgia. Desnudo como

nunca estuvo, inquieto como el que eyacula impaciencias a la entrada de la mina del yo y del no-yo, iracundo, tierno y enorme don Jenofonte se abalanzó sobre la puerta del patio y se administró lector de su propio devenir al repetir en voz alta la definición de menjurje, como en efecto hizo.

-- *Menjurje. m. Menjunje, mejunje. Menjunje. m.*

Mezcla de varios ingredientes medicamentosos o cosméticos.

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

Cuando don Jenofonte de Queiroz finalizó la señora María aprendió tanto de la ciencia de los menjurjes que logró que lo probable no le doliera. O sea que la señora se le tiró encima y le administró un beso bien plantado a Jenofonte. Entonces hicieron el amor. A veces los años traen un impulso propio que torna irredimible el destino. A veces es imposible evadir la fuerza del camino escogido por más que no se desee avanzar en él. El placer les supo a cosa verdadera y no a error. Tan brutos o tan ellos. Sobre este aspecto hay diversas opiniones. La señora María no se contentó como era de esperarse. Quien ha dedicado su confianza a una manera de entender la vida, al verse errado se desprende de sí mismo con dificultad. La abrumadora estancia en el patio de los menjurjes le propinó el golpe brutal de reconocer su mediocridad. Exégeta y rítmica la señora salió del patio, cruzó la tienda y se encaminó por la acera con una furia inapagable. Se dominó a sí misma en cuanto dejó de tener a la vista la tienda de don Jenofonte de Queiroz. Todo un arte.

Igual a una locomotora que no decide sobre su destino ya que esa tarea le corresponde a la carrilera, la señora apeló a un sabroso juego íntimo. Por tomarse del pelo a ella misma empezó a alzar sus piernas como un soldado prusiano. Incrementó la velocidad y al cambiar de acera esquivó los carros que pasaban. Se escudó en su carácter para no devolverse a la tienda. Agradeció llegar a Belmonte, uno de los escasos supermercados que en enero de 1969 existían en Cali. Sabía muy bien que acudir a un supermercado después del ritual del patio de los menjurjes significaba la peor de las traiciones al mundo que acababa de compartir con don Jenofonte. Procuró ignorarlo y lo logró una vez entró a Belmonte. Incluso la abrumó una alegría desproporcionada al

recorrer los estantes. No hay más que naranjas domesticadas pero perfectas, que lechugas sin alma pero robustas, como si los árboles sólo dieran mangos igualitos de espectaculares. Eso sí, sin sabor. Este no es mi mundo. A mí los mangos me gustan chiquiticos. ¿Yo qué hago en un supermercado? Me debería dar pena. Pero, ¿por qué? ¿Si me siento contenta por qué me voy a poner a regañarme? La señora sintió un placer genético al agarrar una manzana porque supuso que alzaba al hijo que nunca tuvo. Y así, con la manzana en la mano, caminó por la panadería, por los chocolates, por las latas de atún, por los periódicos y las revistas igual a una madre que carga a su crío.

Deambuló por el supermercado con una sorna triunfal que le permitió poder pensar por sí misma. Era el triunfo de quien no acepta tener maestros, su triunfo sobre la vertiginosa sabiduría de don Jenofonte de Queiroz. Al pagar los víveres se consideró una persona adulta. La señora María por fin estuvo de verdad sola ante el mundo. Ya sin el consejo de Porfirio Miranda, ya sin el consejo de Jenofonte, ya sin poder dejar de dudar de su niña Ana María. Sólo élla, decidiendo. Salió de Belmonte antes del mediodía del primero de enero de 1969 segura de que podía refutar con hechos la sentencia de Ennio, Gravísimo es el imperio de la costumbre. Aquel primero de enero de 1969 ni siquiera las más drásticas sombras del destino bastaban para desautorizar la alegría de la señora María. Al menos a las once y media de la mañana cuando de regreso de Belmonte arribó a la casa, abrió la puerta y gritó con énfasis desabrochado para que la oyera Ana María.

-- Año nuevo, vida nueva.

Buscó a Ana María para ver si había oído. Sabía que la niña estaba en la piscina pero aún así se lo negó a su propia conciencia. En esa mediocridad tan corriente navegó por la pieza de don Porfirio, por la cocina, por sus ilusiones y por el estudio. Al rato con la melancolía positiva con la cual casi todo el mundo termina este ritual de autoengaño, la señora María pensó Claro, debe estar en la piscina y se dio por satisfecha porque había encontrado el sitio donde estaba su niña. La halló recostada al borde breve de la piscina, semiabiertos los muslos y evidentemente vestida sólo con la piel. Sus veinte

años tendían la trampa mortal de la ingenuidad. A la licencia erótica de sus pezones anaranjados, grandes y redondos como dos soles gemelos en un amanecer fortuito, se unía la furia simple de su pelo casi rubio, la solidez de esa lluvia de hebras lisas y el arco iris desatado con las goticas de agua en los mechones.

Incluso la señora María, negada por completo a una perspectiva lasciva de su niña, sopesó el puño de ser golpeada por esa impresión. Una lujuria irredimible invadía a Ana María en las orillas de la piscina. Desnuda y sobria. Seca por el desinterés en el devenir. Imperturbada y serena. Lujuriosa e impávida. A la señora María le dio miedo esa brizna libidinal. Vaya, ¿qué digo? Le dio pánico. Eso sí, porque lo otro, lo obvio, porque temer por su vida, temer que Ana María también la asesinara a ella, como mató a su padre y a su novio, tal ridiculez nunca, por favor, nunca le pasó por la cabeza a la clásica señora. Los modales mismos de la niña indicaban la presencia de una persona bondadosa, cortés y tierna, incapaz de hacerle daño a alguien. La señora María se sentía obligada a creer en la inocencia Ana María por los detalles mínimos con que se conducía la joven, como por su poco pétrea cortesía al desamarrar los brazos para agarrar el pan o al mover los dedos para abrir la llave del agua. Ana María predisponía el ánimo de los demás a respetar su inocencia debido a la profunda tranquilidad que la dominaba. Sí. Que la dominaba. Antes de saludarla, incluso antes de que Ana María advirtiera su presencia, la señora María movió las cuerdas vocales con un aullido sin derroche y sin dolencias.

-- Ya se las traigo, mi niña.

-- ¿Qué?

Replicó Ana María sin salir de la perfecta razón de su felinidad. Antes de abandonar el patio de la piscina la señora respondió con una ternura imperfecta por socarrona.

-- Pues las toallas. Las toallas. ¿Qué más? Está empapada. Se nota que otra vez se puso a nadar empelota. Se nota a la legua. Como saber que hay uvas.

Ana María no advirtió esta letanía. Tiempo atrás dejó sus anhelos por lo que sucedía o iría a suceder en los próximos minutos, en las próximas semanas o en los próximos años. Redonda de espíritu, como un monje Zen, desde hacía tiempo la joven atravesaba sus propios vientos como un huracán quieto. Desprovista de propósitos ajenos a la plenitud de estar a bien con ella misma, Ana María Miranda, qué bello tu nombre, jamás tuvo la intención premeditada y perversa de hacerle daño a alguien y menos, mucho menos, como en efecto lo hizo, de matar. Sólo quería que la dejaran tranquila. Simplemente no podía aceptar a su lado a una persona que perturbara su implacable ingenuidad. En el éxtasis de tocar su calma con los pensamientos, plena de la luz sin error con la cual el sol caleño ilumina al mediodía, suave y desnuda al lado de la piscina Ana María se vio agredida por la señora María, que llegó con tres toallas dobladas con la milimetría de un matemático de la plancha, tan perfectas que parecían no gastarse con la rutina de los días.

La señora se arrodilló detrás de Ana María y empezó a secarle el cabello con la toalla más grande. No deja de ser imprescindible narrar que la niña se atosigó en un acceso de rabia que incluso la indujo a cambiar el codo en el cual se apoyaba. Cosa mayor. Con qué meticuloso desorden llevó a cabo esto, con qué exactitud el balanceo de sus muslos desnudos desarrolló la historia de la elegancia de los movimientos del cuerpo humano, ya lo adivinarán los lectores aguzados. Después de graduarse de bachiller, a la hija de Porfirio Miranda le fue cada vez más difícil aceptar que los movimientos musculares interrumpieran su estado de ánimo. Más que cualquier otra cosa, aborrecía que al mover su cuerpo siempre llegaba a sentimientos de mediocre desasosiego. Tan profunda eficacia hay que abonarle al rumiar de su paciencia.

La señora María se encontraba lejos, muy lejos de comprender el estado de ánimo de Ana María. Baste señalar que la señora continuó con su gesto perturbador convencida de que Ana María se había acomodado sobre el otro

codo porque anhelaba que le secara el resto del cabello. Pero Ana María sólo permitía que su cuerpo se secara con el vigor sutil del sol. Después de bañarse, ya en la ducha, ya en la piscina, ya en la lluvia se tendía desnuda al lado de la alberca y permanecía inmóvil para que ni siquiera el movimiento de sus músculos coadyuvara en el ritual de secarse. Nunca le fue fácil ser Ana María Miranda. Por otro lado, a la señora María jamás se le ocurrió indagar cuál mecanismo gobernaba la vida interior de su niña. Eran dos círculos que sólo se tocaban por el ritmo ineludible de los actos cotidianos, como desayunar juntas o cruzarse en el corredor. Mientras la señora le secó el pelo Ana María no salió de su mutismo pero cuando empezó a secarle la espalda la joven pronunció.

-- No más, señora María. No más. Ya basta.

Esas palabras, insignificantes para la señora en otras circunstancias, no lo fueron en ésta. Se debe tener en cuenta que la señora María venía del patio de los menjurjes de Jenofonte, que también venía de su audacia adulta en Belmonte y que la poseía un ímpetu rozagante dispuesto a sacar a Ana María de la desfachatez de la tristeza. La joven se hallaba en los nirvanas de la abulia. De ahí que esas palabras No más, señora María. No más. Ya basta, le arrancaran de un tajo la alegría a la señora. Esas palabras de reproche santificaron la desilusión de la señora, alimentaron su fracaso y enfatizaron su miedo a no ser capaz de rectificar el rumbo del corazón de su niña. Aquella fue la primera vez en que un gesto de desafecto de su niña cruzó la coraza de la buena voluntad de la señora. Al mediodía del primero de enero de 1969. La señora María sólo atinó a responder.

-- Año nuevo, vida nueva, mi niña.

Y se fue.

20 DE ENERO

Desde el primero de enero hasta el cumpleaños de Ana María, el veinte del mismo mes, la señora María compró esto y lo otro, badeas y criadillas de toro virgen, incienso de la India y alcohol amarillo de Escocia pero evitó lo esencial. Es decir, no acudió a la tienda de don Jenofonte. Con la vida desnuda, como únicamente la desnuda una tragedia real y personal, la señora intentó remediar su situación mediante la táctica de no ir donde don Jenofonte, dedicada al ejercicio de comprar sólo en Belmonte, el primer supermercado de Cali. Eso sí, llevaba el canasto de la plaza de mercado a pesar de las miradas burlonas de las cajeras.

Complacido con su destino, en la noche del primero de enero don Jenofonte de Queiroz creyó que había vencido la resistencia de la señora María a profundizar la relación entre los dos. La mañana del dos de enero don Jenofonte la esperó dispuesto a amarla con la magnitud de las expectativas creadas el día anterior. Pero las horas y los días corrían como tigrillos que huyen y la señora no aparecía por la tienda. El patio de los menjurjes parecía haber pasado por la vida de la señora sin mérito ni disgusto. Su patio de los menjurjes, su templo, no impactó a su amada. Es la parte de El Jardín de las Delicias que le faltó pintar a El Bosco, sentenció Porfirio Miranda cuando conoció el patio de los menjurjes. Como casi todo hombre que ha otorgado su esperanza a una mujer don Jenofonte poco entendió los procederes femeninos durante las dos primeras semanas de 1969. Si se hubiera permitido un momento consigo mismo tal vez no escaparía a su razonamiento que la señora María al no volver le proporcionaba el más profundo homenaje a su sabiduría y a su patio de menjurjes. Tanto la afectaba. Tanto la conmovía. Tanto constituía una decisión importante.

Casi una semana antes del cumpleaños de Ana María, don Jenofonte fue hasta la casa Miranda. Se amargó antes de llegar, al ver desde el parque

cómo la señora arribó con el canasto repleto de traiciones. Intrigado por averiguar dónde compraba el mercado la señora María al siguiente día don Jenofonte casi se decide a seguirla. Se abstuvo debido a que era hombre con poco gusto por procurarse heridas. Ya vendrá a saludar porque a despedirse nunca vino, pensó. Varias otras veces don Jenofonte fue a visitarla. Entre ellas algunas decidido a reclamarle la deslealtad a la señora María, aunque nunca lo hizo. La verdad es que don Jenofonte poco se quedaba, que poco hablaba pero no por su voluntad sino porque ella lo recibía con la displicencia con que se pone un plato de carne cruda en la mesa. Ana María se la pasaba metida en su cuarto y don Jenofonte ya no podía acompañarla. Añoró los días que pasó con la joven en la piscina. Cuerdo como los pocos sabios que no se ufanan al recibir ofensas y agravios, con calma don Jenofonte se olvidó de la señora y dejó de buscarla. Se concentró en sus menjurjes y en lo placentero del atardecer, entre otras caricias que sabía beber del día.

Por su parte la señora María no dejó de pensar en él. No cesó de atormentarse a cada instante con la crítica justa por haber espantado a don Jenofonte. Se la pasó manoseando sus sentimientos igual que un paralítico del ánimo en su intento por refutar en serio la frase de Ennio, Gravísimo es el imperio de la costumbre. Por eso mercaba en Belmonte, por eso se despertaba a las tres y cuarenta y cinco minutos de la madrugada y empezaba a trotar dando vueltas en su cuarto. La señora María, que durante décadas se privó de los logros mínimos de la existencia como chupar un bombón o un helado, que ahorró cualquier brizna de bolsillo durante medio siglo, empezó a gastar por el simple gesto de cambiar de costumbre.

Cómo sería de serio el asunto, cómo dolería la ruptura del tal himen económico que la primera vez que compró algo innecesario un sentimiento de pecado azotó sus ojos y los párpados le tiritaron como un viento astuto azota puertas. Ese día, cinco de enero, el capricho la cogió en Belmonte. Entonces echó al canasto chucherías caras, quesos franceses y resabios, además de dos libras de azúcar, no una. En la caja se dispuso a pagar y no supo si se arrepintió o si nunca le sucedió, pero lo cierto es que salió disparada a devolver una de las dos libras de azúcar y pronto se encontró poniendo todo otra vez en

los estantes. Al final no compró nada. Al cruzar la puerta del supermercado, intacta de excesos y vacío el canasto, la señora vio la estatura majestuosa de la ceiba gigante en el parquecito triangular frente a Belmonte y una especie de ají le picó el ánimo. Ignoró qué hacer con ella misma, qué hacer con esa perpetua compañía que es uno para uno mismo. La señora sucumbió ante el peso de esta reflexión mientras llegó a la casa. Intentó abrir la puerta y tuvo que vencer los refunfuños de la chapa y la terquedad de la llave. Sin entrar a la casa cerró de nuevo la puerta. Es para el cumpleaños de mi niña. ¿Cómo puedo tacañear en eso? Es para salvarla de la quietud, para quitarle ese desánimo que me la está matando de a poquitos. La señora quiso dejar la llave puesta en la chapa e irse. Quería plantar un testimonio de su decisión. Deseaba dejar una huella de los hechos de su conciencia en los hechos de la vida. Sacó la llave y la guardó en el bolsillo. Se infiere que primó su miedo a los ladrones.

Regresó a Belmonte y buscó las cosas que poco antes se abstuvo de comprar. Juró llevarlas todas esta vez, sin cambiar una sola. De pronto se dio cuenta de que el jabón podía ser otro aunque fuera de la misma marca, del mismo tamaño y del mismo precio. Un cliente pudo venir y llevarse ese jabón que antes puse en el canasto. El que hay ahora puede ser otro. Se detuvo largo rato en cada vianda que puso en el canasto, mientras se lamentaba no poder saber a ciencia cierta si era la misma que antes había escogido. Ya no tendré la manzana, esa manzana, ni las dos libras de azúcar, esas dos libras. Ya no. Tal vez arruiné la posibilidad de hornear una torta que haga feliz a mi niña. Tal vez esta cebolla no sea la precisa. Procedió a pagar. Bajó una cuadra, pasó por el Teatro San Fernando y tomó un bus en la Quinta.

En los siguientes días, a medida que se acercaba el cumpleaños de Ana María, la señora comenzó a derrochar. El ocho de enero adquirió una docena de distintas clases de papas, la roja, la pastuza, la criolla, la sabanera, esta, la otra y aquella. Perseveró en poseer la mayor diversidad de mangos, de los cuales acumuló casi veinte. Nada le parecía inútil. El diez de enero supuso que el sorgo servía para rellenar relojes de arena, aunque ninguno de las dos, sorgo o relojes de arena, era cosa que estuviera entre las que poseía. Pero,

¿por qué no? Los puedo comprar, admitió ante el vago jurado de sus anhelos. Y así fue, dicho sea de paso. Ese día se rebuscó unos relojes de arena en la Galería del Alameda con un viejito que cuidaba carros en la calle. Los tres relojes de arena, cada uno del grande de una persona, llegaron hasta el barrio Tequendama en un camión pequeño, gasto inaudito una semana atrás. En un camión, Dios mío, en un camión, se reprochó la señora cuando pasó por la Carrera 39 con la Avenida Roosevelt con los tres relojes de arena en la parte trasera, sentada al lado del dueño del vehículo.

-- El sorgo, el sorgo.

Gritó la señora en ese momento. Obligó al dueño del camión a devolverse a la Galería del Alameda para comprar seis bultos de sorgo. Al llegar a la casa Miranda y luego de que el dueño del camión entrara los tres relojes y los seis bultos la señora empezó a rellenar los relojes de arena con sorgo y su ímpetu con imprecaciones y autos de fe. Vida malparida, yo puedo, yo puedo. Vida tetramalparida, yo puedo, yo puedo. Los remordimientos arreciaron su pesadez una hora más tarde, un rato después de que abandonó los relojes de sorgo porque supuso inútil agregarle más minutos a las horas.

Entonces se equivocó a fondo. Aupada en su derroche comenzaba una actividad y la abandonaba a los diez minutos. Vivía en oleadas de querencias varias y satisfacciones múltiples. Lo máximo que se esforzó en una misma actividad fueron los cuarenta y nueve minutos que duró embebida en los relojes de sorgo. Como una golondrina, voló de un empeño a otro sin suponer conveniencia alguna en terminar al menos uno. Entonces, digo, se equivocó a fondo. En la casa Miranda pronto no quedó esquina o rincón donde no habitara algo, cualquier cosa. La señora llenó la sala, los patios y el corredor con objetos recién adquiridos. Apreciaba con pasión viva los astrolabios y los demás instrumentos de medición marítima del siglo pasado que fue a comprar hasta Pance donde el Capitán Early, gerente de la Grace Line en Buenaventura y compañero de juergas de Porfirio Miranda.

Ana María, que abominaba entrar en escaramuzas con su rutina, poco a poco sintió invadido el patio de la piscina con una mesa de pingpong, que quedaría, a sol y agua, virgen de juegos. En realidad, Ana María advirtió de verdad la presencia de la mesa de pingpong dos días después cuando una mañana la señora llenó las paredes del patio con veraneras en flor. Fue el mismo momento en que la luz esparció su pecado de escasez y ya no alumbró como antes, ya no satisfizo tanto el rosado tímido de las madrugadas y, entonces, el agua de la piscina cogió un saborcito a lágrima descuidada. Pronto, también, el espacio se encabritó en el corredor, en la cocina y en la sala. La osadía con que la señora arrumó las cosas unas encima de otras impidió desde entonces caminar con descuido por el temor a tropezar con algo. Ana María permitía cualquier cosa salvo ser distraída de la contemplación de su quietud anímica. Ahora ya no podía ni caminar tranquila en su propia casa.

Entonces, repito, la señora se equivocó a fondo. Tanto con su niña, la única persona que le importaba más que ella misma, como con don Jenofonte de Queiroz, el único hombre que la amó. Pero la señora no se daba cuenta y permaneció montada en los potros bárbaros de su buena voluntad. La buena voluntad, hay que saberlo, no siempre exime de sus resultados. Eso sucedió el 20 de enero de 1969, cumpleaños de Ana María. Eso sucedió con la torta, con la parafernalia predispuesta al alborozo, con los dos jugos, uno de mango mariquiteño revuelto en helado de chocolate y el otro jugo de guayaba coronilla en leche de cabra. La señora naufragó en el mar enfático de su desconocimiento de la realidad cuando prendió las velitas, que quedaron a la espera de que Ana María soplara sobre ellas y las apagara. Febril la señora María comenzó a cantar el Happy Birthday. Lo interrumpió a la mitad porque la botella de vino todavía tenía el corcho. La destapó y un olor de uvas viejas se repartió por la sala. Sirvió un par de copas, obligó a su niña a que brindaran juntas y dijo.

-- Año nuevo, vida nueva.

Según la costumbre caleña la señora María terminó el Happy Birthday con la versión castellana.

-- Que los cumpla feliz, que los siga cumpliendo hasta el año dos mil.

Ana María calculó que en el año dos mil tendría cincuenta y dos años de edad y señaló la mesa, los dos jugos, el ponqué, las dos copas llenas de vino y alcanzó a susurrar.

-- ¿Por qué me quiere herir? ¿Por qué quiere recordármelo todo?

La señora María escribió su ánimo en minúsculas y desató su fracaso en mayúsculas. Pronto se repuso. Se repuso tras mirar su benemérita misión de cocinar una torta digna de curar las penas de Ana María Miranda. Indignada y presa de un disgusto enorme la niña siguió con el gesto mudo que da la tristeza. No hay nada que hacer. No hay nada que hacer. Se me fue de las manos. Mi niña se me fue de las manos. La señora pensó que podía menos toda una vida dedicada a jamás preguntarle a su niña algo inoportuno, que su ansia por lanzarse al abismo. Por eso le preguntó.

-- ¿Por qué los mató, mi niña, por qué? Usted no es mala, yo sé que usted no es mala. ¿Por qué, mi niña, por qué los mató?

Ana María, quién lo duda, no respondió. Se quedó elevada un rato. Uno a uno los pasos con que avanza el tiempo penetraron a la señora María igual que cuchillos que al cortar el agua no fingen. Todo me resultó mal. Hasta me metí en las cosas de mi niña, hasta me metí a preguntarle por eso. Nada más ni nada menos que preguntarle por eso. ¡Qué bruta! Miró a su niña que se alejó por entre los espejos miopes surgidos de cuatro o cinco lágrimas que aguaron los ojos de la señora. Dos voces sonaron, el reloj y el viento. Ínglima sola, así estuvo la señora María durante muchos minutos. Estupefacta por la audacia de su buena voluntad. Aliada tal vez del remordimiento, esa costumbre perversa y civilizadora, la señora no deseó por ningún motivo mirar las velitas todavía prendidas, erguidas igual a estatuas enemigas sobre el ponqué. Mi niña ni siquiera apagó las velitas. No. No. No voy a voltear hacia allá. ¿Para qué? ¿Para qué me equivoco otra vez? No voy a mirar las velitas. Pero, la vida, esa

vaina, no se queda con nada y así la señora giró las pupilas con lentitud. Aunque no la cabeza. Consuelo este que le quedó al prestigio de su voluntad.

Una vez ejecutada la sentencia de observar las velitas prendidas y de comprobar la ridiculez de sus propósitos la mirada de la señora María salió por el comedor, por la sala, por el corredor y otra vez por la sala. La soledad no se movió. La señora tampoco. Se acordó de don Jenofonte. También trapeé con él. Estoy sola. Y vieja. Oyó cuando Ana María cerró una puerta. Es la del baño. Mi pregunta sobre eso no la afectó tanto como pensé. Me voy para donde Jenofonte. No me importa que sea de noche. Sacó el entusiasmo desde el fondo de los nidos de su tristeza y salió de la casa con la extraña felicidad que otorga el remordimiento. Parecía ir en su propio funeral camino al cementerio entre una caravana de arrugas y carros, de semáforos y culpas.

Cuando pasó por el parque Tequendama el desarraigo y la dureza la llevaron a no dudar en darse tres puños en su cabeza. Claro. Eso me pasa por dejar de caminar de noche en el parque. Hace meses dejé de venir. Desde la muerte de don Porfirio. Con lo sabroso que es, con lo bien que me hace sentir. Caminó en círculos por el parque casi dos horas. Se sintió sin ataduras, sin deseo de arribar a sitio alguno y careció de reproches por no haber pasado por la tienda de don Jenofonte. Casi a las once de la noche del 20 de enero de 1969, recordó la lista de buenas intenciones. En una esquina cualquiera del parque, extenuada y con acidez en el estómago, se enfermó de ser ella misma al reconocer que había olvidado por completo ejercer los propósitos consignados en la lista. Tampoco había logrado dejar de desear ser mejor de lo que era. Giró sobre la gracia, desató su afán y entró a la casa.

FEBRERO

Una tarde, casi dos semanas después, la señora María pasó por la sala y vio revolotear una inmensa mariposa café que portaba un ojo verde en cada ala. Es la mariposa de la buena suerte. ¿O será la de la mala suerte? Vela como vuela de chueco. Se chocó contra el techo. Parece que se fuera a caer al piso en el momento menos pensado. Voy a matarla. La muy bandida se me escondió detrás de la cortina. Se quedó quieta en la esquina del techo. ¿Tan jodida, no? Esperate y verás. La señora María le mostró la palma de la mano a la mariposa, trajo la escoba, se descalzó y se subió al sofá. Golpeó varias veces la cortina con la escoba. No se mueve la descarada. No alcanzo a llegar tan arriba. Me voy a apoyar en la mesita. Carajo, tumbé algo al piso. Qué sería? ¡El astronauta! Se descalabró el astronauta. ¿Qué irá a decir don Porfirio? Si está muerto, gran pendeja. Ay, Dios mío, el astronauta.

Sin enterrarse en meditación alguna y casi sin enterarse se zampó debajo del sofá. La hijuemadre mariposa es de mala suerte. De pura mala suerte. Mire lo que me pasó. Y, ¿ahora dónde se habrá metido el astronauta de don Porfirio? La señora tosió sin ganas, lo cual le agravó la enfermedad del remordimiento. No sirvo para nada. Ni para toser como Dios manda. Aquí está lleno de mugre. Nunca limpio debajo del sofá. Ay! Tan mentirosa. Hay que ver lo traicionera que soy conmigo misma. Lo cierto es que barro y trapeo debajo del sofá cada tercer día. No importa. Pero aún así hay un mugrero de miedo. La señora volvió a toser, esta vez con fuerza para no dar lugar a que le pareciera fingido. Tengo que pegarle una buena barrida y una buena trapeada a la parte de atrás del sofá. El astronauta, carajo. Seguro se desportilló. Permaneció largo rato debajo del sofá sin buscar el astronauta, extasiada con el recuerdo de lo mucho que gozó don Porfirio al comprarle aquella figurilla de la Cultura Calima, parecida a un astronauta, a un arquitecto chileno amigo suyo, Jaime Errázuriz. Me parece que fue ayer. Don Porfirio se decidió a última hora, después de negarse varias veces. Era terco, muy terco. A pesar de la insistencia de don Errázuriz por vendérselo, don Porfirio no era capaz de comprar un pedazo de barro más viejo que él. Tanto alegó don Porfirio que se le notaba que quería tener el astronauta. Manoteaba y decía.

-- Vos me querés engatusar con un pedazo de barro recién cocido. Y que además tiene el problemita de probar una teoría en la que no creo. ¿O es que a alguien le cabe en la cabeza que los indios sabían lo que es un astronauta? No, hombre, Jaime.

-- Eso es lo bueno, Porfirio. Eso es lo bueno. Tiene que ser la figura de un astronauta que vino de otro planeta.

-- Peor por ahí. Yo no creo en extraterrestres ni en cabronadas.

-- Es legítima de la Cultura Calima. Venga le hago la prueba. Mire, mire, Porfirio, mire bien. ¿Si ve? La lengua se me queda pegada al astronauta. Es la única prueba que me convence que una pieza es antigua. Vea. ¿Si ve? La lengua se me queda pegada.

-- O sea que es auténtica.

-- Claro que es auténtica. Y es un astronauta. ¿O no es igualita a un astronauta? Es de la cultura Calima y es un astronauta.

-- Si vos decís.

Yo veía que mientras menos convencido estaba don Porfirio más lo quería comprar. Al final la compró pero molestó tanto que logró rebajarle el precio a don Errázuriz, que es un diablo para los negocios. Y trajo al astronauta y lo colocó en su escritorio redondo. Ese don Porfirio. Dizque un escritorio redondo. ¿A quién se le ocurre? Pues ahí lo puso. Después de que se murió fue que yo me metí a poner el astronauta en la mesita de la sala. Pensar que es toda enclenque. ¡Aquí estás! Por fin encontré el astronauta. Ya casi llevo. Es que no quepo debajo del sofá. Un poquito más. Con cuidado. Eso, hija, agárrelo bien. Así, despacito, no vaya y lo desportille otra vez. Está intacto, gracias a Dios.

Lenta e inmersa en una especie de liturgia se escabulló hasta salir del sofá. Ya de pie, la señora alzó la estatuilla Calima para verla. Entonces, aquel 3 de febrero, asomó la cabeza por la ventana hacia la calle y se le cayó. ¡Mierda! Ahora sí se quebró. Por ponerme a mirar para la calle. Si la calle me la sé de memoria. Claro, de bruta se me cayó el astronauta. El astronauta, por Dios. Precisamente don Porfirio me ordenó que al limpiar el escritorio no moviera el astronauta porque dizque es más viejo que Colón. Se me viene a caer a mí de las manos y se vuelve chicuca. ¿Dónde se ha visto una mariposa de más mala suerte? ¿Dónde está la escoba? A ver quién gana, mariposa de mala leche. La señora María se subió de nuevo a la mesita y arreció un vendaval de escobazos contra la cortina. La mariposa voló hacia el comedor y la señora la atrapó ya en la cocina.

-- En mi cocina no vas a meter la mala leche.

Le recomendó a la mariposa antes de despedazarla con la escoba. Después la insertó en una bolsa y la tiró a la calle. Entró a la casa, recogió uno por uno los pedacitos de la estatuilla y los desparramó en la mesa. Se sentó en un asiento del comedor y trató de reposar. Al ver los pedacitos rotos del astronauta la señora advirtió que podía prescindir de todas las cosas. De cualquier cosa. Sintió una perpleja libertad. Nada es indispensable. Me vengo a dar cuenta de eso después de comprar cuanta chuchería encontré. Puedo vivir tranquila. A la larga, uno no necesita nada. Respirar, tal vez. Y comer, Dios mío, comer. ¿Cómo se puede dejar de comer? No para no morirse de hambre sino por el placer que da saborear las cosas. En ese momento dudó. Ni una piel de acero le impediría titubear cuando su desdén adobó la gastronomía. Sintió que por su garganta bajaron y subieron no menos panes que estornudos, no menos tortas que angustias y desechó incluso la necesidad de una gastronomía. Nada es necesario. Nada. Respirar y eso si me da la gana. No necesito nada. Voy a botar todos estos cachivaches. ¿Para qué me sirve todo esto? Por ejemplo esa lámpara hecha como con una rueda de carretilla. O esa vajilla de plata. O esos palillos chinos para comer.

Se dedicó a botar la multitud de objetos con los cuales su gula invadió la casa. Empezó de inmediato con los relojes de sorgo. Al colocar el primero de ellos en el andén la señora cambió de idea. Uy, no. Es de mala suerte poner mis cosas al lado de esa desgraciada mariposa que me hizo romper el astronauta. Mejor los pongo en el garaje. Todo lo voy a poner en el garaje. Todo, no sólo los relojes. En esa faena la señora María duró gran parte de la tarde. Casi llora cuando llevó el astrolabio del Capitán Early. Digo, casi llora a fondo. Casi se derrumba. Pero esto, eso dicen, no impidió que reclamara a su fracaso la energía suficiente para emprenderla con las cinco máquinas de coser, una Singer y las otras también, imbuida en una benevolencia de arrepentido y masacrada por un fervor de sádico. Dormida para la paciencia, lo ordenó todo lejos de la cuna y abandonó en el garaje los frutos que su derroche agregó al árbol escueto de lo necesario. Lo realizó con la astucia del remordimiento y con la precisión de un maletero de aeropuerto.

Durante el trasteo de los cachivaches al garaje el ánimo de la señora María, sombrío por la pena, casi bruno, se tiñó a veces de tintes alegres y en ocasiones de entusiasmos, así fueran mínimos aquellos y casuales estos. Pero, en realidad, la resumió un suspiro. Estaba, de verdad, cansada de fracasar, cansada de cumplir casi sesenta años, cansado su cuerpo de mamífero que se abotona, cansada de no tener otra vida. Llevó las tres licuadoras y por último la máquina para exprimir zanahorias. Terminado el trasteo se sentó de nuevo en la mesa del comedor y resolvió no toser. La soledad la acarició allí donde se detuvo el tiempo. Advirtió que hacía varios días ni la niña ni ella iban a proveerse de jabón, de esperanza o de mantequilla. Dedicada a la faena de reparar el astronauta Calima la señora María se lanzó a la soledad con la modestia de quien ha llegado a su sitio en el mundo y dejó de pensar en don Jenofonte. Ella, que escasas discusiones perdió en su vida, mientras reconstruía con sus dedos la centenaria arcilla de la estatuilla no hubiera tenido el menor reparo en otorgar la razón a quien fuera sobre lo que fuera. Yo sola y mi niña que casi nunca se mueve, el astronauta desportillado, la casa sin bobadas, mejor dicho las bobadas guardadas en el garaje y yo sola, sin preocuparme por nada, sin hablar con nadie. Nada es indispensable. De todo se puede salir. Casi se puede decir que uno puede dejar de ir a la tienda,

si le da la gana. Debo dejar intacto el astronauta. La señora volvió a colocar uno a uno los pedazos rotos con pegante Boxer y así los dejó secar. Está mal pegado. Está mal. Le puse un ojo de ombligo. Se acercó a la estatuilla hasta que compartió la respiración con la guaca. Yo la dejo así y punto.

La señora María sentada en la mesa del comedor, cansada según acoté, tuvo un único remedio, que consistió en dedicarse a esperar a ver qué pasaba. Esperar es un ritual y como tal lo tomó la señora. Supuso conveniente empezar mirando para el techo. Se trató de parar. No alejó lo suficiente el asiento de la mesa por lo que debió permanecer con las rodillas dobladas, cogida del respaldar de la silla con una mano y con la otra agarrada a la mesa. Buscó dónde estar lejos de sus pensamientos. Lejos de esa preguntadera permanente dentro de su conciencia. Lejos de la persona que más la aburría, ella misma. Sintió que se acostaba en su cama, arrodillada en los senos, extendida sobre su estómago, con la espalda dedicada a la astronomía del techo. Así puesta sobre su lecho, tal como se lo imaginó mientras permanecía medio parada en la mesa del comedor, ingenió múltiples proyectos con un impulso que se le antojó obligatorio, como ciertas cosas que no se desean llevar a cabo y se trasladó su deseo a su oráculo. Es decir, a la cocina.

La señora María permaneció medio parada en la mesa del comedor, con la crudeza despierta, con las rodillas dobladas por la rutina del remordimiento, convencida de que se hallaba en la cocina, convencida de tener una mano en la estufa y otra en la nostalgia. Aguardó inane, blanda y leal a que le llegara la próxima gota de aire. Dejó hablar a sus pulmones. El aire, con descompostura de mensajero escaso, poco a poco le restituyó el ánimo. Voy a abrir los ojos. Caramba, estoy en la mesa del comedor. No estoy en la cocina. Le dolió mover los brazos. No le dolió morir si morir fuera ahí mismo, en ese sitio y en ese momento. Le atribuyó su tos y su maluquera a la quebrazón de la estatuilla y los traspies sucesivos de su destino a la mariposa de la mala suerte.

ABRIL

9 DE ABRIL

-- Francisco de Asís, Francisco de Asís, ven a Cali, ven al barrio Tequendama. Francisco de Asís, perdonador de los siglos, perdonador de las multitudes de siglos. Francisco, Francisco de Asís, ven, ven. Si eres santo, amarra el abismo de mi niña Ana María. Francisco de Asís, ¡ven!

La señora María vociferaba no para que alguien la escuchara ni para que Ana María se redimiera sino porque sentía el deber de hacer algo, lo que fuera, cualquier algo. Tomó la decisión, sabia y excesiva, según la cual la solución al despelote de su existencia consistía en salir de la ignorancia. Dejó al arbitrio del azar la escogencia del libro seleccionado para el inicio de su remedio pero no la hora, nueve de la mañana. Parada delante de la biblioteca de Porfirio Miranda repasó libro por libro. Quedaban pocos de carátula dura. Los que sobrevivieron a la quema que hizo Porfirio. Durante años, muchos años, la señora los salvó del inclemente vestigio de las lecturas despiadadas de Porfirio y los limpió del polvo pero no del olvido. Conocía al detalle todos y cada uno de los lomos de los casi diez mil ejemplares de esa biblioteca pero jamás se le ocurrió abrir uno y ponerse a leerlo. Bueno, voy a escoger uno de los que más le gustaban a don Porfirio. Caramba, yo una vez los apunté. Para no olvidarme de cuáles eran y tener más cuidado al limpiarlos. La señora fue a

su habitación y sacó del cajón de abajo de la mesita de noche la libreta donde tenía apuntadas sus cuitas íntimas, entre ellas los libros preferidos de don Porfirio. Escogió un título al azar, lo subrayó para estar segura y se devolvió para la biblioteca.

-- La Historia de la República Romana, de Mommsen.

Volvió y revisó. Lo tengo que encontrar. La Historia de la República Romana, de Mommsen. Ah, pero ese es de carátula dura. Debe estar por acá. Sí. Este es. Repasó cada letra saltando con la mirada del libro a la libreta. THE HISTORY OF THE ROMAN REPUBLIC. NEW YORK: CHARLES SCRIBNER'S SONS. 1893. Este es, pensó. La señora María acarició el brusco cutis del viejo libro y para reafirmarse recalcó en voz alta.

-- Este es.

¿Seré tan bruta que no soy capaz de leerme un libro? No, no es por bruta. Don Porfirio lo explicaba a su manera. Para leer sólo se necesita modestia, me dijo muchas veces. ¿Modestia?, siempre le preguntaba yo aunque ya sabía la respuesta. Y él me respondía los mismos gestos con las mismas palabras.

-- Sí, se necesita modestia para dejar que sea evidente que hay otro que piensa mejor que uno. Eso es leer, ser modesto. Porque, señora María, no se confunda. La gente todo el día a toda hora se la pasa exaltando lo grandiosas que son sus propias opiniones. Por eso no leen. No son modestos. Todos los libros clásicos lo primero que prueban es que hay alguien más inteligente que uno. Por eso la gente no lee, señora María.

Así lo explicaba don Porfirio. ¿Será que por falta de modestia no he leído más que Corín Tellado? Prefiero que sea por bruta. Ni bruta ni creída. Espere y verá. Ya mismo me leo este mamotreto. Entresacó un tanto por encima de los demás *The History of the Roman Republic*, de Mommsen, sin atreverse a sacarlo del todo del estante. Dudó. Supo que si lo sacaba de la biblioteca, no

tendría más remedio que leerlo. Lo agarró con la autonomía de sus manos y lo extrajo. Ah, bobada grande. Como si fuera gran cosa sacar un libro para leerlo. Eso no es nada. Aunque esta bobada ha dañado dos o tres o más vidas. Más, más vidas. La de don Porfirio, para no ir más lejos. ¿Cuándo fue que lo publicaron? Miró en la libreta pero no creyó. Confirmó en el libro e hizo la cuenta. De 1893 hasta 1969. Setenta y seis años. No, señora. Me hace el favor y juiciosa. Los libros hay que respetarlos. Juiciosa. Setenta y seis años. Más viejo que yo. La señora decidió que la solución a sus problemas llegaría con la lectura de Mommsen. Acariciaba la arrugada certidumbre de la carátula y repetía.

-- Este es, este es.

Se apoltronó en el sillón de lecturas de Porfirio dispuesta a abreviar sólo del río del conocimiento y por esa vía sanar su destino. Abrió el libro con la naturalidad de quien amanece en un día nuevo. ¿Este qué idioma es? Está en inglés. En inglés, Dios mío. Y ahora, ¿cómo hago? Tengo que leerlo. Ah, eso es lo único seguro. Tengo que leerlo. La rudeza dispersa con que pensó la palabra *tengo* llegó con una jauría tierna de paciencias y esdrújulas. Nada le pareció difícil sino paulatino. Está en inglés. De pronto don Jenofonte me ayuda. Salió de la casa Miranda con paso impar, descomplicada y leve. Llevaba largo tiempo sin ir a la tienda de don Jenofonte pero se lo atribuyó a la casualidad y, así, no le dio mayor trascendencia. Llegó y saludó a don Jenofonte. Él la observó con tristeza y distancia.

-- Vaya. Usted aquí, señora mía.

La señora no se arredró ante aquel *señora mía*. La mortificó aunque lo demostró poco.

-- Necesito un favor, don Jenofonte.

-- Claro. ¿De qué se trata? Cualquiera día es bueno para verla.

-- No se lo puedo decir así como así.

-- ¿Entonces cómo? ¿En portugués?

La señora se le acercó al oído y algo susurró. Don Jenofonte de Queiroz se alejó un par de metros y meditó unos momentos. No resulta. Así de simple. No resulta, Pero, ¿cómo le digo que no la ayudo? Hipnotizarla. ¿Habrás visto? Hipnotizarla para que pueda leer un libro en inglés. Si la señora María no sabe inglés. No sabe. Hipnotizarla, yo. Don Jenofonte empezó tartamudear.

-- ¡Yo! Bueno, señora María, ¿cómo le digo?

-- ¿Entonces sí? Gracias, gracias. Yo sabía. ¿Está nervioso?

-- No tanto como nervioso.

-- Tranquilo que no es la primera vez. Don Porfirio me hipnotizó una vez y logré leer latín.

-- ¿Latín?

-- Latín o una cosa así. Ya ni me acuerdo. Que funciona, funciona, don Jenofonte. Póngale fe. Échele ojo y verá.

Obligó a don Jenofonte a cerrar la tienda y lo trasteó en taxi con el fin de no perder tiempo. La señora explayó sus carnes en la poltrona de Porfirio. Jenofonte insistía en hipnotizarla con una pequeña cucharita de bronce atada a un hilo y la señora se empeñó en que debía ser con un collar de perlas de fantasía.

-- Hay que hacerlo tal como cuando Porfirio me hipnotizó.

-- Entonces, preste para acá ese el collar.

Resuelto el dilema a favor de la señora, Jenofonte dio inicio a un sacro amague de ser perito en estas andadas, y, aunque tropezó en la gramática de los gestos, logró mover el collar. Primero a grandes giros. Después muy despacio. Por último con convicción y ritmo. La señora supuso suficiente el mecanismo y abrió el libro de Mommsen. Comenzó a leer. *Probably few whose duty is to teach Roman history...* No, esto no va a resultar. Necesito hacer un esfuerzo. Concentrarme en el collar. ¿Será que es con la cucharita? ¿Cómo sabe uno que sabe? No puedo leer este galimatías. ¿Y si le confieso a don Jenofonte que esto no funciona? Él me lo advirtió. No resulta. Leer en inglés sin entender ni jota de inglés. No hay derecho a que se me ocurran ideas tan balurdas. En inglés. ¡Ja! Bueno, concentradita, pues. Mejor leo un pedazo de más adelante. A ver, por aquí. Eso. *CHAPTER XII. Capítulo doce.* Eso lo entendí. *As was but natural, the first conflict between Rome and Carthage had its origin...*No, no. No soy capaz. Feroz e indignada consigo misma centró sus ojos en el collar. Jenofonte, con ese inicio de la sabiduría que es la intuición, mecía su mano pleno de carácter y sin nada de risitas o falsedades. Autónomo y auténtico, como le gustaba estar en este mundo. La señora se lo agradeció, sobretodo cuando se levantó de la poltrona y renunció a continuar con su intento.

-- Ya, ya. No pude. Así de simple.

-- Déjeme trato con la cucharita.

-- Vea, yo, mejor dicho, yo.... eso de que don Porfirio me hipnotizó, eso es mentira. Nunca. Devuélvame el collar. Es fino. De verdad. ¿No me cree? Al menos para mí es fino y lo prefiero a cualquier otro collar. Me lo regaló la niña Ana María cuando cumplió diez años. Don Jenofonte, ¿usted alguna vez ha hipnotizado a alguien? No. Ya me lo imaginaba.

--Debe ser porque nunca lo que intentado.

Se miraron a los ojos. Jenofonte de Queiroz carraspeó y dijo,

--Bueno, fuera de esta vez.

Lejos de su propio devenir, incluida ella misma en el ritmo de sus pensamientos, para la señora María leer el libro de Mommsen no era sólo un reto más. Por el contrario, significaba retomar las riendas del destino. Por lo cual no tuvo más remedio que aceptar la propuesta del viejo brasileño.

-- Listo, don Jenofonte. Hagámoslo con la cucharita pero antes nos preparamos bien preparados.

Dicho esto la señora, en uno de sus giros característicos, se llenó de entusiasmo. Coló café, gorgojeó opiniones y fue al baño. Jenofonte esperó sin cautela ni afán. De cualquier modo no otorgaba la más remota posibilidad de éxito a la empresa de la señora. Deseó, eso sí, dejar en claro con su esfuerzo que él lo iba a intentar todo lo que pudiera y que un fracaso no habría de ser por su causa. La señora María se sentó de nuevo en la poltrona, abrió el libro de Mommsen y clavó su atención en el Capítulo XII. Don Jenofonte de Queiroz al balancear la cucharita encontró el vaivén justo con que avanza el ritmo de la vida. Vale decir, respiró al paso del péndulo formado por el movimiento de su mano y fue feliz. Durante muchos minutos movió la cucharita, durante muchos minutos estuvo sin que ninguna mínima pretensión ofendiera la nitidez de sus propósitos, durante muchos minutos derrochó lo que aún quedaba intacto en su carácter, descuidado y de paseo por la espontánea sencillez. La señora se desvistió del propósito de leer en un idioma que ignoraba y por fin dejó de pretender ser mejor de lo que era. Recordó la medianoche del treinta y uno de diciembre. Ah, qué delicia. Ya no tengo que leerlo. ¿Para qué me pongo a sufrir tratando de hacer cosas que no sé hacer? Cerró el libro. Ah, qué delicia quedarme así, dentro de los límites de lo que soy, sin querer ser otra cosa. ¿Para qué me pongo en esas? El que sabía siete idiomas era don Porfirio.

Envuelta en el ritmo de la cucharita la señora perdió el horizonte que divide al mundo en fragmentos y empezó a leer a Mommsen. Primero el título. Enseguida, las frases del comienzo del prólogo. Esta parte no. Mejor leo un capítulo más adelante. Avanzó unas hojas y prosiguió su lectura. Dios santo, lo

estoy haciendo. Leo en inglés. Leía y no creía. Hasta la verdad es mentira. Qué época, qué época. Hasta la verdad es mentira. Si miro a don Jenofonte me bloqueo. Me corto. Uf, seguro. No lo miro. Subió los ojos y don Jenofonte añadió al desconcierto de la señora la enorme sonrisa de un ánimo a bien con la existencia. Ella trató de avanzar otro tanto en el libro de Mommsen, no pudo y lo cerró. Jenofonte salió del cuarto de Porfirio. Todavía sentada en la poltrona la señora María vociferó su perorata.

-- Francisco de Asís, Francisco de Asís, ven, ven a Cali.

Jenofonte se sentó en la sala y esperó. Ella empezó a sudar y optó por no salir mientras él permaneciera en la casa. Sin embargo, la impaciencia venció a la señora María y la precipitó a la sala. Atravesados por las ganas de no permanecer juntos más tiempo nada comentaron sobre el episodio. La señora lo acompañó hasta la puerta y no se despidieron, ni con el gesto ni con la mirada ni con la palabra. La presencia del otro les confirmaba la ridiculez de lo que pasó. Ni el uno ni el otro estaban dispuestos a creer que la señora leyó a Mommsen en inglés.

-- Hasta la mentira es verdad. Qué época.

Expresó la referida señora cuando cerró la puerta tras Jenofonte y se quedó sola. Al mediodía fue a contarle su hazaña a Anina. Para cuando se sentaron en la cocina de la casa de los Quintana, Anina ya teorizaba sobre los pormenores y otros asuntos de la hipnosis de la señora.

-- ¿A usted quién le contó?

-- Don Jenofonte, señora María.

-- Ah, ¿sí?

Replicó la señora, presta a huir lo más rápido posible. No voy a poder escabullirme y me va tocar quedarme aquí, oyendo bobadas. No soy capaz de

irme. Sin embargo, para su sorpresa, se decidió con amabilidad genuina y salió. Pude. Me volé. Pude, como con el inglés. Pude. Es lo mismo. No creía que lograría leer en inglés. Ahora tampoco creo. Es igual. Lo que importa es que lo hice, no si lo creo o no lo creo. Llegó a la casa Miranda dispuesta a reconocer como una victoria su hazaña bilingüe. No le cuento a mi niña. Mejor le cuento. Tal vez sí. No, no. Quizá. En letanías ambiguas cruzó la tarde de ese tres de mayo de 1969. Por la noche, a eso de las diez y diez minutos, la señora oyó salir de la pieza de la joven un lamento infinito, que vino a corroer la espina dorsal de su bondad.

-- !!Hombres, seres humanos, estamos solos, no nos hagamos daño!!

Ana María Miranda no permitió que nadie limpiara su habitación a partir de ese día, en el cual entendió las consecuencias de tal premisa e intuyó sus causas. La señora, con la respiración herida y disecada por cicatrices, añadió tristeza, paciencia y dolor a los días siguientes pero, ante todo, agregó una mirada de sinfonías al pronunciar la misma frase en diferentes tonos.

-- Francisco de Asís, Francisco de Asís, ven a Cali, ven a perdonar a mi niña Ana María.

Mi niña no me deja ni siquiera entrar a su pieza. Otra vez me grita que me calle. No me callo. Algo tengo que hacer. Algo. Aunque no sirva para nada. Algo tengo que hacer. Y, bueno, así fue: perseveró en su despliegue sinfónico.

19 DE ABRIL

La señora se despertó temprano, recogió sus sentimientos en una bolsa plástica, reunió lo mejor de su carácter y vestida de domingo y ansia salió de la casa.

-- Tranquilo, don Porfirio. Ya voy a para allá.

Cuando entró en el Cementerio Metropolitano la ceremonia de la claudicación la obligó a acudir a sus cuitas más despacio, menos inerme contra la desdicha y más preparada para la vida. Cruzó un patio donde una fuentecilla lloraba ciertas pretensiones de antigüedad. Dejó a un lado los signos de exclamación en la gramática de su existencia, se alejó del patio y paso a paso anduvo entre decenas de tumbas. Aterrada y ofendida por la pequeñez del tránsito de los humanos sobre la Tierra desdeñó el rugido de lo que termina y no vuelve a empezar. No sombría ni huraña sino, fíjense en esto, delicada y seria como suelen serlo las mariposas huérfanas. En ese sitio del mundo huyó hacia sí misma cuando encontró la tumba de Porfirio Miranda. Está llena de pasto. Qué descuido. Arrasada por la maleza. Ni se ve el nombre. Apartó el brusco mechón de manigua que tapa la lección de vida allí suscrita. Leyó.

X-42

Porfirio Miranda

7 de agosto 1900 - 11 de octubre 1968

Hermosa, hermosa la señora María por responder a esta afrenta de la alta de pulcritud en el último retiro de don Porfirio con una carrera entre transparente y avasalladora. Una carrera que no sabía a dónde la conduciría como una experiencia redonda. Esa carrera redonda la condujo por la senda de

los ruidos y las gesticulaciones, hasta que encontró a un simple jardinero del cementerio. Lo tiró de las orejas. O, lo que es igual, le gritó a pleno pulmón.

-- Descarado. Venga para acá. Sí, usted. Usted, usted. No se me haga el pendejo. Venga para acá, zángano.

Tras llevarlo a la tumba de Porfirio y mostrarle que estaba llena de pasiones de no breve quicuyo, lo conminó a limpiarla.

-- Haga su trabajo. ¿O para qué le pagan? Diga. A ver. ¿Para qué? ¿Usted es el jardinero? Ah, ¿y entonces? ¿Entonces? A ver, empiece, pues.

El jardinero, moreno y feliz, alto y joven, se negó y poco le importaron los reclamos de la señora. Es cierto, no dejó un instante de poner su pequeño radio en la oreja y menos dejó de pedalear en el mismo lugar con un rápido ritmo de sus piernas.

-- Eso le toca al otro jardinero.

-- ¿Y dónde está?

-- El man está de luto.

-- ¿Como usted?

La señora dirigió su dedo reprochador hacia los veloces pies del jardinero.

--Este es un cementerio.

El moreno entendió que a la señora le irritaba su baile pero aún así continuó como si nada. Al rato, contestó.

-- Uy, la señora tan bromista. Dizque yo estoy de luto. Agúzate que te están velando. Oiga, oiga.

Le puso el radio en la oreja a la señora.

-- ¿Si oyó? Agúzate que te están velando.

-- Váyase, váyase, que con el dolor no se juega. ¿A quién se le ocurre bailar en un cementerio? La gente ya no diferencia entre el dolor y la alegría.

El jardinero se bailó hacia el Sol mientras se alejaba. Yo misma voy a limpiar la tumba de don Porfirio. Lo que no hace uno, no lo hace nadie. Ponerse a bailar enfrente de los muertos en vez de hacer su trabajo. No hay derecho. Con dulce y triste maña empezó a arrebatarse del cordón de lo vivo el pasto que cubría el epitafio. Sin casi avanzar en la poda se topó con un pedacito de madera no mayor a un dedo meñique. Gracias, don Porfirio. Gracias. Besó el epitafio, besó la baldosa de mármol que resume ese universo en dos fechas y un nombre. ¿Para qué me voy a poner a cortar el pasto que cubre la tumba de don Porfirio? A él le debe gustar su tumba así, mechuda. No es mi tumba. Es la de él. La de don Porfirio. Que se quede llena de pasto hasta la coronilla. Ahora que lo pienso, es la primera vez que no me fastidia darle gusto a don Porfirio. Que se quede como a él le gusta.

La señora levantó lo que quedó de ella. Parada sobre la tumba trató de mirar lejos y se fue. Cuando se alejó más de cien metros de la última morada de don Porfirio Miranda Martínez un terremoto de remordimientos la obligó a regresar. Se acostó en el prado libre, encima de donde repetía Porfirio su presencia en el universo, inane y muerto pero no doblegado. La señora se recostó sobre el pasto que cubre la tumba y abandonó el prestigio con que durante toda la vida se trató a sí misma. Estuvo así hasta que de nuevo la avasalló la idea de no sentir culpas. De inmediato se paró y pensó Lástima, don Porfirio, que usted no pueda hacer lo que yo acabo de hacer. Con las rodillas chuecas y los muslos tembleques, se alejó con lentitud y firmeza. Cruzó en sentido contrario el patio, sin reparar en la fuentecilla. Salió del cementerio y

lloró con años que visitaron vestidos de lágrimas la inhóspita región de los ojos y recorrieron con olas la tierna playa de las mejillas.

Cuando reasumió la calle y la fecha, entonces la placidez y la mueca de sus labios encontró el pedacito de madera entretejido en los dedos de la mano. Ah, ya me acordé. Agárrese, mijita, que se vino el despeñadero. Le dio la sensación de que ella misma no se tomaba en serio. A ver, carajo. Páreme bolas, que yo no soy ninguna pintada en la pared. A ver, carajo. Pero si me estoy hablando yo sola en mis pensamientos, ¿por qué me trato como si fuera otra persona? ¿Será que así es la vida de todo el mundo? ¿Será que así le pasa a Anina? Y, ¿a todos? ¿A don Jenofonte? Yo me huelo que sí. A todos, toditos todos. El problema es que para estar contenta no me alcanzan mis pensamientos. Ajá y entonces, dígame usted, ¿dígame de qué otra forma se regaña uno mismo? ¿Cómo se vuelve uno mejor, cómo corrige sus propios errores? Hay que regañarse. A ver, mijita, respóndame. Diga algo. ¿Si ve? Es cierto. Hay que regañarse. Lo único malo del regaño es que lo hace sentir mal a uno. Debería ser al revés, debería sentirme feliz cada vez que me regaño porque quiere decir que algo aprendí, que algo voy a mejorar. De otra forma todo el mundo sería un salvaje. Nadie aprendería nada. Pero, también, por otro lado, yo me he regañado diaria y nochemente, desde que me conozco y ¿qué he aprendido? Nada. No sé nada, estoy vieja y soy una inútil. Esa es la verdad. Sólo sirvo para cuidar a mi niña. Y ni siquiera sirvo para eso. Por lo menos a ella nunca la regaño. Sólo a mí. Desde que murió don Porfirio todo el día estoy en contra mía, diciéndome que hago mal las cosas. Todo el santo día. Si el regaño educa, mijita, yo debo ser la más sabia por lo menos de aquí a Palmira. Bueno, un poquito más. Hasta Amaime. Hasta el Río Nima. Hasta allí. ¿Qué aprendí con toda una vida de regañadera? Eh, pero tengo mi pedacito de madera. También me quejo mucho. Una quejadera todo el día. Una cantaleta, una cantaleta tan fastidiosa. Nada me perdono. Nada me alabo. Yo soy muy jarta. ¿Qué me importa el mundo, qué me importa todo si mi pedacito de madera viene nada menos que de la tumba de don Porfirio? Nada menos. Eso es. Agárrelo duro, mijita. Claro. Es el cuento de los naufragos que tantas veces me echó don Porfirio. En la antigüedad...¿Así se llamaba esa época? Tabla votiva. No, tonta, ese era el pedazo de madera. ¿Serían sólo los héroes? No

importa....los antiguos....los héroes...bueno, lo que sean, se abrazaban a un tronco cuando el barco se hundía y algunos alcanzaban a llegar a la orilla y se salvaban. Héroes ni por el forro. Más bien tontolongos que dejaban hundir el barco. Este pedacito de madera es mi tabla votiva. La que me va a salvar del naufragio. Ve, me acompaña mi tabla votiva. Mi tabla votiva.

Besó el pedazo de madera con pasión idéntica al beso que antes derramó sobre el mármol y, muy en el fondo, allá donde no se conocen las disculpas ni el remordimiento, cupo en la pequeñez de saber que tampoco ese tótem de madera la beneficiaría en el juicio inacabable con que ella misma se trataba. En eso no se engañó cuando subió al bus que la condujo hasta Belmonte. Compró algunos detalles, entre ellos leche, huevos y una manzana, una manzana roja. Después escuchó el comentario malintencionado de la cajera porque por primera vez la señora no traía el canasto y salió ligerito con la bolsa de víveres bajo el brazo.

Subió su vida a un Gris San Fernando hacia el barrio Tequendama. Ejerció el derecho de su conciencia a escoger, entre los dos o tres vacíos, el asiento que le dio la física y real gana. Sentada, pues, en la parte delantera del bus volteó la nuca para ver por última vez las graderías del Estadio Pascual Guerrero. La vida no es más. Esto es así. No hay más. La vida es esto. Esta soy yo. Esta mi vida. Estas las llantas de mi barriga. No hay más. Más, lo que se dice más, más, como que poco. Y toda la preocupadera y los afanes y las carreras y las angustias terminan aquí. La vida es esto. Nadie tiene más. Se acurrucó en el asiento, con la bolsa de víveres en los muslos, incómoda y molesta porque esos pensamientos llenos de tristeza le produjeron una felicidad tenue y bochornosa. No es posible que me alegre porque estoy triste. Tampoco, carajo. Es como si tuviera el espíritu patas arriba. El colmo. ¿Será que nadie más es así? Me importa un pito. El bus frenó. Sus pensamientos no. Qué tipo tan detestable se acaba de subir. Se va a parar aquí. Seguro. Otra vez la mala suerte de la mariposa que me hizo quebrar el astronauta. Fijo. Preciso.

Gordo, fornido y sudoroso, con la camisa abierta hasta las vecindades del cráter del ombligo, ese hombre le confiscó a la señora el heroísmo al

pararse a su lado y empezar una serie de empujones y uno que otro esporádico desliz contra la cortesía. El gordo se secó la cara con un pañuelo fabricado en un satín de mocos y gargajos, con descaro tocó su entrepierna con el hombro de la señora, guardó el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón como quien esconde el número de la cédula de su carácter y aprovechó para empujar otro tanto. La señora eludió durante otro rato los embates del desconocido, agarrada a la bolsa de víveres. Después se quejó como una oveja.

-- Eehhhh.

No logró, aunque quiso, recordar sus cuitas íntimas, sus dudas sobre la niña, sus desplantes a don Jenofonte, la muerte de Porfirio y de Alcayaga. El gordo carraspeó en son de despedida y se colocó en la puerta del bus. Menos mal ya se va a bajar el asqueroso ese. Menos mal. Y los modales y la decencia y las buenas maneras y la educación, ¿qué? Qué? Pero, mijita, ante todo no me hable en ese tono. No voy a dejar que me regañe más. Sigo y sigo en una regañadera inmundada. Y ¿qué? ¿Acaso es malo? El asqueroso ese no se regaña a sí mismo. Por eso es así. Puerco, cochino, marrano. Cerdo. Yo no quiero ser así. Así como ese puerco. Voy a tener que aprender que me guste regañarme.

La señora María volteó la cara hacia atrás cuando escuchó que alguien se sonó los mocos. Un nudo de tarántulas y de estupor anidó en los músculos de su nuca. Todavía no se ha bajado. Carajo, me dio tortícolis. Está esperándome en la puerta. Para hacerme algo cuando me baje. Tocarme o algo. Una no sabe. Ya llegamos al Colegio Pío XII. Me tengo que bajar aquí. Mejor espero a que se baje él. Cerdo asqueroso. La señora se levantó y timbró para detener el bus. Me pasé. Tan pendeja. Ya paró. Me pasé. Trató de salir del bus y al tocar la camisa desabotonada del *asqueroso ese* la señora padeció un escalofrío que consideró perverso y agradable. Escalofrío que le impidió tanto abandonar como permanecer en el bus. Titubeó con una perpetuidad socarrona. Antes de que la señora se bajara el conductor cerró la puerta y arrancó con pericia furiosa. Es justo agregar que cualquiera hubiera quedado

colgado igual, con una pierna afuera del bus y la otra adentro. La señora tuvo un instante suyo, de verdad suyo, con el bus en marcha y medio cuerpo salido por el rencor entreabierto de la puerta, temerosa más de la dicha que del salto. Añoró la aventura que estaba a punto de protagonizar y por su propia voluntad se lanzó al movimiento del asfalto.

-- No te movás, piso traicionero. No te movás.

Gimió esas palabras mientras daba vueltas en la calle. Se detuvo contra el borde del andén, no sin menoscabo de su indumentaria, de sus rodillas, codos y cadera. Carajo, no me maté de milagro. Pero, mijita, casi me mato. Casi no vale en Colombia, como dice mi niña. ¿Dónde quedó la bolsa con las cosas que compré? Maldita sea, la leche se derramó y los huevos ni se diga. Por un pelito me mato. Por un pelito quedo estampillada. Sólo la manzana está intacta. El bus iba lejos cuando la señora se puso de pie. El gordo sudoroso, subido en el asiento trasero del bus, señalaba a la señora María y se reía con muestras evidentes de su agradecimiento con la vida. La señora María también rió, ojalá de ella misma. Sacudió el polvo de su falda, despercudió la sangre de sus raspones, colocó la manzana en un bolsillo destartado y tosió. Sólo esto último le pareció grave. Sigo enferma. Tengo una gripa eterna. Rasgado el atuendo, despoticado el ánimo, su andar sin embargo mantuvo la estatura de lo que consideraba que era la dignidad. Caminó derecha por la carrera 44 y dobló hacia el parque. Todo bien. Todo bien. No ha pasado nada. Yo ya aprendí lo que es que le vaya mal a uno en la vida. Estos dolores en los codos, bueno, también un poquito en la rodillas, este golpazo en la rabadilla, son sólo caricias del rigor. Sólo caricias del rigor. Y yo soy hija del rigor. ¿Será que ese gordo asqueroso me tiró para afuera del bus? No recuerdo bien. Me acaba de coger el afán por llegar. En la casa me echo merthiolate. No es tan lejos. Me faltan dos cuadradas. El que no lleva su hogar a todas partes es extranjero hasta en el patio de su casa. Me dio por las profecías. Por las frasesotas. Te volviste sabia, mija. Tan sabihonda. Más bien camine. Tan mentirosita, ¿no? Dizque el gordo la empujó. Ay, así es la vida. No hay más. Camine que ya llega. Dizque el gordo me empujó. No, mija. No más disculpas.

Se detuvo en la esquina suroccidental del parque Tequendama y pensionó sus desatinos. Así tal cual, sin arrodillarse ante sus heridas ni sanarlas, con los harapos del vestido desflecados en una bandera inútil, la señora María vio a Ana María que estaba al otro lado del parque rodeada de vecinos. Imparcial debido a que miraba desde lejos la señora constató el cariño y la deferencia de muchos parroquianos con su niña. En ese momento describió a Ana María como apta, hermosa, cordial, envidiada, inocente y genuina. La niña recibió algunos saludos con besos en la mejilla, otros con un apretón en el antebrazo, todos con un ritmo ni enfático ni desanimado. Nadie piensa mal de mi niña. Sólo yo. Mírela. No más que eso. Mírela. Basta verla. No la merezco. No la merezco. ¿Cómo llegué a creer que es capaz de matar a alguien? Si yo tuviera la más mínima decencia me arrepentiría hasta el último suspiro de mi vida. No levantar falso testimonio. Uno tiene que ser correcto. Yo me debo arrepentir de verdad. O si no, ¿qué? Para eso está el olvido, para no tener que arrepentirse. ¿Cómo así? ¿Uno se olvida de todo y listo, arreglado el problema? No. No. Esta vez tengo que creer de verdad. Creer a fondo. Arrepentirme a fondo, carajo. Ese es el problema de la gente, nadie se arrepiente de verdad. Todos se arrepienten por encimita. Yo no voy a hacer eso. He calumniado a lo que más quiero. Lo sé. Tildé de asesina a mi niña. Siempre me da por atacar a lo que más amo. Llegué bajo, muy bajo.

Con cauta cortesía Ana María se despidió de los vecinos y entró en la casa. La señora María, en ese instante, tosió y no se percató de la ausencia de su niña. Esta bendita gripa. Me oyeron. Qué bruta, me oyeron. Alguien gritó Allá está. Allá está. Ya me vieron. Todo el parque se le vino encima, excepto ciertos recuerdos. Unos vecinos ansiaron saber dónde estaba, no pocos la recriminaron por dejar sola a Ana María. Me acabo de caer de un bus y nadie se da por enterado. Y, ¿yo? ¿No existo o qué? Dos o tres mujeres maduras soltaron cuchicheos disimulados sobre la vestimenta desarrapada de la señora, sobre el polvo mezclado con agotamiento, el peinado disoluto que le daba un parecido a Beethoven, salvo en la sordera. Por eso oyó sin dificultad las descalificaciones, las risas disimuladas como opiniones. No les confirió mayor atención. La voz de la señora tronó con la palidez de un Zeus enfermo cuando con insistencia preguntó.

-- ¿Qué se hizo la niña Ana María? ¿Dónde se metió mi niña?

Nadie le respondió. La manada de curiosos se abstuvo del silencio. Voces iban, consejas venían. Como si le importara, como si le importara, alcanzó a escuchar la señora María. Entonces manoteó, chilló, pataleó y volvió a preguntar lo mismo. Claro, ¿quién sabe usted dónde andaba? Así no se puede. No hay derecho a abandonar así a la niña. Sentencias similares, cada cual en una voz distinta, acompañaron a la señora María hasta que cruzó la puerta de la casa. Entró. No debió hacerlo. No debió entrar. O, yo no sé. A lo mejor me equivoco. A lo mejor así es la vida. Así, como entró la señora María a la casa, desgarrada por la vergüenza con la niña, descompuesta porque se consideraba una mala persona. Muy mala.

-- ¿Dónde se habrá metido?

Ya busqué en la cocina, en su pieza, en la piscina. Ah, claro. Está en el cuarto del papá. Voy a abrir la puerta bien despacio. Eso. Así. No está. Sí, vela sentadita en el sillón de don Porfirio. No es posible que sea culpable. Nadie puede estar tan tranquilo sin ser absolutamente bueno. No me voy a quedar aquí parada como una idiota. Tengo que saludarla o irme. Es tan frágil que si la ofendo se desmorona. Pero ella no se deja y por eso hace lo que hace. No permite que nadie le cause dolor. Vela ve, no es sino verla. Un pichoncito asustado. ¿Asustada? ¿Mi niña asustada? Jamás. Mejor la saludo. No voy a quedarme aquí, quieta. No. Me voy para la cocina. No merezco interrumpirla. Perfecto, ya salí y no me vio. Qué susto, pensé que la iba a interrumpir. No tengo derecho a molestarla. Soy tan mala que llegué a creer que mi niña había matado a dos personas. A dos personas que amaba. Yo que siempre me consideré buena. Pero si uno no está tranquilo debe ser que hizo algo malo, así no sepa qué es. Porque yo he sido buena, por encima de casi todo el mundo. Mejor dicho, de todo el mundo. ¿Para qué lo niego? De todo el mundo. Ahora me veo por lo que valgo. Nada. Eso soy. O, peor, un estorbo. En cambio mi niña es tan tranquila. No discute con nadie. No se queja. Flota. No estoy a su altura, eso es lo que pasa. Yo no hago más que discutir y pelear. Nunca dejo

de meter mi cucharada. Un estorbo. Estorbo. Eso es el meollo del asunto. Soy un estorbo. La señora María entró a la cocina.

La velocidad con que asesó, la pasión con que la calma mordisqueó las manecillas del reloj, el silencio amoroso que pobló la cocina, resucitó la rutina antigua de la alegría en la señora. ¿Cómo no iba a ser de esa manera? ¿Cómo no, si la costumbre la moldeó así, risueña y todo? Sacó la manzana del bolsillo y la puso en la nevera. No debo estar contenta. La felicidad se merece o no se tiene. Soy tan perversa que alcancé a pensar esas cosas de mi niña. Menos mal nunca se lo dije a nadie. De repente el perpetuo retorno de lo no intuido le apretó la garganta. Es mi niña. Me va a ahorcar. Ya era hora. Ya era hora. Me va a ahorcar. Debo arrepentirme en serio. Ella no es así. Eso hay que pensarlo dos veces. Está jugando a ahorcarme. Es sólo un juego. Ya me va a soltar. Mi niña no es así. La mala soy yo. Me desmayo y eso es todo. Más tarde me levanto. Me está asfixiando. Pero no me hace daño. No me duele. Mi niña no es mala como yo. Después del desmayo me levanto. Me levanto y nos reímos mi niña y yo. Ah, sí. Cómo nos vamos a reír. Se lo voy a contar a Anina. Me estoy yendo. Después me levanto y todo vuelve a ser como era. Me fui. Ya era hora, niña mía. Ya era hora. Ya era hora.

Colocó en duda tanto las virtudes como los defectos y tras un largo periplo desde su nacimiento reposó con su cuerpo en el abrazo definitivo del suelo, sin convencerse de la culpabilidad de la joven Miranda. En un último esfuerzo Flor María Ledesma trató de desvirtuar la ciencia infinita de los hechos y murió.

FIN